

LA POLITICA EXTERIOR DE PUERTO RICO

(El problema de Puerto Rico.)

SEGUNDA PARTE

I. CUADRO ACTUAL DE PUERTO RICO: QUEJAS Y CRÍTICAS DE LOS AUTONOMISTAS.

En este año de 1966, mes de diciembre, se nos presenta en Puerto Rico el siguiente cuadro. Existe con los EE. UU. un arreglo o *modus vivendi*, una asociación o pacto, que llamamos Estado Libre Asociado (E. L. A.), mediante el cual el Congreso «americano» prácticamente abdica su posición como suprema legislatura para Puerto Rico en lo interior, pues nos gobernamos por nuestra propia constitución y no por un «Acta orgánica» (leyes Foraker y Jones) votada allí; tenemos himno y bandera, aunque no solas; se enseña en nuestras escuelas en español; elegimos todos nuestros funcionarios públicos —gobernador, secretarios de despacho, jueces, cámara y senado (cada cuatro años)—; no pagamos tributos al tesoro federal como los estados incorporados (que luego ingresaban en la Unión) o los estados federados (ya miembros de ella).

Tenemos uno de los gobiernos más honrados, estables y democráticos del hemisferio, quizá del mundo entero. Y tenemos quizá uno de los mejores conjuntos de servidores públicos (especialmente en las escalas superiores) del mundo, sin que la disciplina, el sentido práctico, la dirección y el entrenamiento sociológico hayan por ello eliminado el idealismo, el sentimiento regionalista, el fervor reformista, que llegó a su apogeo entre 1935 y 1950.

No pagamos en Puerto Rico la contribución sobre ingresos federal ni arbitrios federales sobre productos vendidos aquí; los derechos cobrados en Es-

tados Unidos sobre productos nuestros vendidos allá se devuelven a nuestro tesoro, lo mismo los derechos de aduana cobrados sobre productos importados en Puerto Rico. Tenemos con los EE. UU. una unión aduanera; tenemos acceso al mayor mercado del mundo, protegido para nuestros productos. Somos los mejores clientes de los EE. UU. Ya en 1956, hace diez años, teníamos el mayor ingreso *per capita* (\$ 445) de toda la América latina, con la excepción de Venezuela. Esta cifra ha subido a 750 dólares. Por la misma fecha teníamos ya un ingreso nacional de 1.000 millones de dólares (contra 189 millones en 1930).

Dejamos demostrado que sabemos gobernar y administrar esto mejor que los «americanos», en cuanto tuvimos la necesaria libertad interna. Nadie discute nuestro progreso político y económico. Las industrias ya producen más que el principal producto agrícola—el azúcar—, ya casi la industria agropecuaria sola lo hace. La industrialización que se ha hecho y que es la responsable del auge económico se basa en que, por las mismas relaciones especiales con los EE. UU., las industrias que aquí se establecen pagan salarios más bajos que en el continente, no pagan derechos al entrar al continente y se les da como incentivo exención contributiva por diez años. Ya no somos un país eminentemente agrícola con una agricultura que no daba para vivir ni siquiera durante los meses de zafra. Donde antes vivíamos en parte de las pequeñas limosnas de ayudas federales, tales como la que seguía a huracanes, ahora hemos podido pasar un huracán y no aceptar tal limosna. Ya no controlan el país entero—legislatura, municipios y todo—las centrales azucareras. Ya no vivimos de la industria degradante de la aguja. El ron, él solo, produce varias veces lo que el presupuesto insular de 1940. El turismo lo mismo. Hay mucha mejor alimentación, salud, longevidad, educación, carreteras, puentes, acueductos, comunicaciones de todas clases.

Hay mucha mayor dignidad—himno, bandera, trato respetuoso por parte del Gobierno «americano» y de los particulares «americanos».

Tenemos mucha más confianza en nosotros mismos; tenemos hoy esperanza y razonada. Tenemos menos miedo del futuro.

Y tenemos un millón de compatriotas fuera de una patria donde no encuentran con qué vivir. Y tenemos 10.000 narcómanos y tenemos una delincuencia mayor, sobre todo juvenil. Y hay inquietud y agitación políticas; hay confusión; hay un «plebiscito» inminente.

Estas últimas cosas son las que vamos a discutir en los próximos párrafos.

Y digo desde ahora que considero que la causa del problema (psicológico) de hoy, es un problema intelectual, una falta de conocimiento de causas, un no haber visto bien el camino que se ha andado (por donde se ha andado), una confusión, un temor de lo desconocido. Y digo que el mejor remedio es llegar al conocimiento que nos falta y la catarsis (o ventilación) de sentimientos, temores y ansiedades. Y ese es el fin de este trabajo.

Por lo que se oye hay mucha queja, mucha crítica, mucho temor, mucha inquietud. Pero es bueno recordar—sin que con ello nos contentemos como explicación—que los contentos, los conformes, no hablan; que la prensa diaria es toda enemiga del Gobierno.

Dentro de la misma mayoría autonomista—mayoría abrumadora en cuanto base del Gobierno que tenemos—hay crítica, pero es de saber—y ya lo dijimos—que con ella votan estadistas que sólo apoyan con su voto el buen Gobierno interno; muchos antiseparatistas, que si hubiesen de escoger entre la estadidad y la independencia se decidirían por la primera; independentistas—probablemente en fuerza considerable por la calidad de los individuos y por estar en las escalas superiores del mismo liderato del partido—que votan por la buena administración en lo interno y por el dique que la autonomía constituye contra la estadidad.

Pero sea de ello lo que fuera, se quejan y critican a su propio Partido, al Gobierno, al líder Luis Muñoz Marín. Y, en primer lugar, suelen considerar que todavía no tenemos suficiente autonomía, suficiente soberanía; hasta llegan a decir que somos todavía colonia porque queda aún demasiado poder sobre nosotros en manos de los EE. UU. Amenazan con no votar en un plebiscito o con votar con una de las dos antiguas fórmulas únicas, estadidad o independencia, oyéndose a veces decir que mejor que con el E. L. A. votarían *indistintamente con cualquiera* de las otras dos (independentistas que votarían con los estadistas, y viceversa). De éstos nos ocuparemos cuando hablemos con más detalles de los partidos de la oposición.

También suelen muchos autonomistas regionalistas, como ejemplos de la influencia perturbadora y degeneradora de los EE. UU., llamar la atención sobre el aumento de la criminalidad, la pérdida de nuestras antiguas virtudes, la fuerza avasalladora del materialismo, etc.

No les satisface un progreso material a base de exponer nuestras miserias a las miradas curiosas de miles de turistas, de venderles nuestras únicas riquezas—sol, cielo, playas—, como vende una prostituta sus favores, y de fundar

una economía sobre una industrialización que consideran efímera, sin garantía ninguna para el futuro, fundada sobre la mano de obra barata y sobre privilegios a hombres de negocios sin corazón. Creen indecoroso solicitar de ellos con tal servilismo que se vengan a establecer en Puerto Rico. Y, sobre todo, ven con muy malos ojos cómo van los «americanos» comprando nuestras tierras, comprando las minas últimamente descubiertas (el subsuelo), haciéndose dueños de todas las industrias, de toda la prensa (ya casi no queda un periódico o revista que sea puertorriqueña).

Antes, lejos del continente, con mala fama de país lleno de insectos y enfermedades, «éramos» de los EE. UU., pero no había real y efectiva posesión; hoy, con el progreso en la higiene y en las condiciones de vida, se va llenando el país de continentales que se van instalando definitivamente: esta es la posesión real y efectiva del país por ellos, precisamente cuando gozamos de las mayores libertades desde la invasión.

Influencia de los extranjeros.

Y junto con ellos hay una invasión de cubanos muchos de ellos anexionistas, y de dominicanos de mala calidad, con escasa educación política, y de gentes de la peor clase de las islas vecinas que no fueron colonizadas por España y que son africanas puras, con cultura africana, y como lenguaje, con una especie de papiamento. En términos generales, estos extranjeros vienen sólo por lo que les conviene; ninguno le encuentra virtudes a este país—cuanto encuentran aquí de progreso se lo atribuyen a la influencia «americana»—y no se asimilan a nosotros, sino que se dicen «americanos» o «ingleses». Algunos de ellos constituyen un problema importante de salud pública. Al lado de estos últimos, desde el punto de raza y cultura, resulta la inmigración cubana, a pesar de sus defectos evidentes, la mejor aportación de todas.

Es de notar que, en términos generales, el extranjero tiende a neutralizar el factor raza-cultura españolas. Así ha sido en todo el mundo hispánico desde el principio de la colonización. En Puerto Rico, los núcleos de extranjeros—franceses (corsos), italianos, por ejemplo—han solido ser en su mayoría anexionistas. Ello se debe a que vienen de naciones que fueron rivales de España en el pasado. Manifiestan su antiespañolismo contribuyendo a que se pierda esto para el mundo hispánico. Y cuando no, se identifican con nosotros

en nuestros anhelos de libertad, pero rechazando nuestro origen. A algunos sólo los guía en la materia la defensa de sus intereses personales, que creen mejor defendidos con la anexión a los EE. UU., máxime si ya han adoptado esa ciudadanía en lugar de la propia. Los extranjeros de las islas vecinas de raza negra, también: suelen decirse ingleses, «americanos», etc. Y hasta los cubanos y dominicanos, lo mismo. Hoy, al entrar miles de «americanos» (de todas las razas europeas), peor, aunque se dé de cuando en cuando el caso de ser ellos mismos o sus hijos partidarios de la independencia. De modo que constituyen unos y otros un factor de peso contrario al factor raza y cultura españolas.

Junto con todas estas cosas, ven los autonomistas cómo se pierde el idioma y se corrompen las costumbres, y para el futuro ven un Puerto Rico poseído completamente por los «americanos», donde los nativos, como en Hawaii y Nuevo Méjico, tengan que emigrar o queden apenas como sirvientes de los verdaderos poseedores de la isla. Ha dicho Luis Muñoz Marín que el problema de Puerto Rico hay que resolverlo bajo cualquier *status*, pero ellos creen que, de este modo, no se está resolviendo ningún problema, pues que el de raza-cultura es para ellos tan fundamental como cualquier otro.

Quieren ellos que la situación mejore para los puertorriqueños, pero sin perder su tierra; que se haga una economía estable a base de la agricultura, una economía que no esté sujeta al capricho, no ya sólo del Congreso, sino hasta de los Sindicatos obreros, que pueden ellos solos decidir los salarios que deban pagarse aquí o, mediante la huelga, paralizar nuestra vida.

Se dan cuenta de que lo que tenemos apenas es un mero conglomerado de fábricas, sin permanencia ni estabilidad algunas, que pueden irse mañana, y que nunca serán lo suficientemente numerosas y estables para constituir una industrialización equivalente a la de Bélgica o Inglaterra, como tendría que ser para verdaderamente resolver nuestro problema.

En el caso del elector del Partido Popular Democrático, sea él esencialmente autonomista o esencialmente separatista, el resultado es que no está conforme, quiere una mejor solución, y a veces llega al extremo de desear una de las dos antiguas y únicas formas: independencia o estadidad. Y, sobre todo, le teme a la permanencia de esta clase de asociación actual con los Estados Unidos, porque esto cerraría las puertas a una futura independencia y perpetuaría, agravaría y haría permanente los males ya dichos, los cuales, en último término, nos llevarían a la desaparición como pueblo aparte, dispersándose el pueblo puertorriqueño dentro de la gran masa «americana» y que-

dando nuestra tierra poseída por ellos: nos disolveríamos entre ellos, lo que, hasta cierto punto, dicen, sería peor que la estadidad.

Piensan que sólo llevamos de buena asociación con ellos unos quince años, tiempo demasiado escaso como para que fundemos sobre tan corta experiencia las bases de nuestro futuro. Para ser independientes no necesitamos, naturalmente, conocerlos bien, pero, para cualquier asociación permanente—estado federado o no—necesitamos conocerlos bien nosotros, que seríamos, por lo pequeños y pobres, los perdedores, los absorbidos y maltratados.

Y más que conocerlos diríamos mejor, quizá, adaptarnos a ellos, pues en muchos aspectos en que ya los conocemos, nos es muy difícil tal adaptación. Piensan que en su sola guerra civil—la de Secesión, y por un motivo inferior, como el de darle o no la libertad al negro—hubo más muertes que en todas las guerras del continente. De esa guerra surgieron los campos de concentración. Piensan que la violencia—el homicidio, etc.—ha causado en los EE. UU. más muertes desde el 1900 que todas las guerras en que han participado. Tienen una de las más altas delincuencias del mundo. El negro sigue sin libertad. Hay violencia. Los presagios son de aún mayor violencia. Su historia en ella está fundada y es reciente: de la Guerra de Secesión sólo hace cien años, y de la violencia contra los indios, menos. Si somos de distintas razas y costumbres, más distintas aún—contrarias en todo, en realidad—son nuestras historias, Y ¿sobre tal base, engañados por unos años de relativa tolerancia mutua, vamos a fundar una asociación *permanente*, irreversible?

A pesar de todo esto, sigue en pie el hecho de que por ahora la mayoría está con la autonomía, porque ésta responde por ahora mejor que ninguna otra forma política a las necesidades del presente, y para muchos estadistas es una forma de estadidad, mientras que para muchos «independentistas» detiene la estadidad o fusión en lo que Dios nos ayuda. Y en el «plebiscito» que se acerca, nadie duda que el E. L. A., identificado con el Partido Popular Democrático, ganaría por una gran mayoría. De ahí que no deseen ir a las urnas ese día ni los estadistas ni los separatistas (éstos es ya seguro que no irán).

2. CRÍTICA Y PROPAGANDA ANEXIONISTAS.

Los estadistas que están dentro del Partido Popular votarán con el E. L. A., si en realidad, más que estadistas, son antiseparatistas, o con la estadidad, si son esencialmente anexionistas. De los estadistas que aparecieron como tales en las elecciones, debemos recordar que hay entre ellos muchos «independen-tistas» derrotistas que es probable que en este plebiscito no voten, mucho opositorista por motivos, no de *status*, sino de disgustos por mil razones personales, del cual no se sabe con quién votaría.

Los verdaderos, los irreductibles estadistas, de ir a las urnas (hay entre sus líderes opiniones contrarias en cuanto a ir o no ir; yo creo que irán), votarán por el estado federado. Estos, como ya dije, no han cambiado ni de ideas, ni de programa, ni de procedimientos, siempre creyendo que van a ganar en las próximas elecciones y siempre derrotados en ellas, siempre frustrados y despechados, siempre fanáticos antimuñozmarinistas. La cosa que en los últimos años les ha dado cierta confianza y que, por ignorancia, les acreditan sus adversarios, es la estadidad concedida a Hawaii y Alaska.

Pero no ven unos y otros que nuestro caso—ya se dijo que especial y único—no se parece en nada ni al de esos dos ni al de ninguno de los otros estados de la Unión cuando aún no lo eran. Desde que se formó la Unión americana, han venido añadiéndose a las primitivas trece colonias nuevos estados: Hawaii y Alaska son hoy los números 49 y 50. Este hecho de tantos estados ir pidiendo la estadidad y serles concedida es lo que, por no conocer bien el asunto, no sólo anima todavía a los estadistas, sino que animó a principio de siglo a la mayoría de los puertorriqueños, que no veían otra solución *de dignidad* a nuestro problema político, mayoría que ha aprendido, y que al saber que no nos van a conceder la estadidad y que hay otras posibilidades, le han votado consistentemente en contra durante sesenta y seis años. A esto contribuyó el hecho de que nunca se mostró la metrópoli dispuesta ni siquiera a pensar en la estadidad para Puerto Rico. Antes al contrario, a pesar del clamor de los anexionistas, rechazó siempre el estado incorporado que a ello conduciría y que, sin ser estado federado (pero para llegar a serlo), lo mismo que cualquier estado federado pagaban todas las contribuciones impuestas por el Congreso de la nación (rentas internas federales, derechos de aduanas, contribuciones sobre ingresos).

En 1912 declaró Elihu Root, senador y antes secretario de Estado de los EE. UU.: «Ese paso les autoriza a ustedes a solicitar más tarde que el Congreso les autorizase a votar una Constitución para ser un Estado más de la Unión, y esto es imposible. No esperen ustedes nunca ser un Estado de la Unión. Puerto Rico no puede sustraerse a la lógica de las cosas y debe ser en el día de mañana una República con un protectorado norteamericano. No tenemos en común más que una gran dosis de buena voluntad por ambas partes, pero esto no es suficiente para llenar la ancha y profunda brecha que existe entre ambos países, sin contar con la ya existente por la misma naturaleza.

Ustedes tienen una civilización más antigua, pero distinta que nosotros; el concepto de ciudadanía y otros principios fundamentales de la vida, lo miran ustedes—romanos al fin—de modo distinto que nosotros los sajones, y hasta ciertos principios morales son considerados de distinta manera por ambos. No tenemos en común más que una gran dosis de buena voluntad por ambas partes, pero eso no es suficiente; eso no puede llenar la ancha y profunda brecha que existe entre ambas razas, sin contar la ya existente por la misma naturaleza. Este país nuestro va siendo cada vez más grande y los problemas internos se multiplican constantemente y apenas podemos dar atención a estas cosas nuestras. Pues si esto es así, ¿con qué derecho pretendemos gobernar a un pueblo a mil y pico de millas? Sin preguntar a usted tengo la certeza de que estamos gobernando a ustedes mal, porque tenemos que confiar ese gobierno a una distancia tan larga a hombres que no sabrán seguramente entenderlos a ustedes; y la misma lógica nos está diciendo que por mal que ustedes lo hagan, siempre lo harán mejor que esos hombres que les enviamos.

No esperen ustedes nunca ser un Estado de la Unión...»

Esto se lo decía no sólo a Luis Muñoz Rivera, sino al señor Roberto H. Todd, representante del Partido Republicano de aquí en la dirección del Partido Republicano de los EE. UU. No se podía rechazar con mayor claridad las pretensiones de los anexionistas de aquí, y el argumento era fundamentalmente el de nuestra cultura, de la cual escribe Friedrich, todavía en 1959 (ob cit., pág. 9): «Por qué cultura es una palabra de batalla en la isla. Orgullo de su cultura local es un aspecto decisivo del concepto de asociación con nosotros de los puertorriqueños: es el mismo corazón de la Comunidad (refiriéndose a la asociación con los EE. UU., bajo el nombre de E. L. A.). El pueblo de Puerto Rico apasionadamente desea preservar su ser y personalidad

individual.» Y cultura puertorriqueña, añado yo, es eso: personalidad, individualidad, nacionalidad, raza y lengua españolas.

Por la misma época en que hablaba Root, decía el Presidente Taft:

«Opino que la solicitud de ciudadanía es justa y que la tienen ganada, por la lealtad mantenida, los habitantes de la isla. Pero deberá recordarse que la solicitud debe estar, y en la mente de la mayoría de los puertorriqueños está, absolutamente separada de cualquier tendencia hacia el Estado. Creo que ni en los Estados Unidos ni en Puerto Rico existe opinión pública, demostrada y sustancial, que aspire a la estadidad como última forma de relaciones entre nosotros. Considero que el fin hacia el cual deben dirigirse los esfuerzos es al de la más amplia concesión de una autonomía política y económica con la ciudadanía americana como lazo entre ambos pueblos. En otras palabras: una forma de relaciones análogas a las que existen actualmente entre la Gran Bretaña y sus colonias autonómicas, como Canadá y Australia. Esta conduciría al más amplio y permanente desarrollo de Puerto Rico, a la vez que le concedería los beneficios económicos y políticos de estar bajo la bandera americana...»

En 1921, decía en nuestro Senado el Presidente del Partido Unionista que acababa de ganar las últimas elecciones:

«Tanto la finalidad Independencia como la finalidad Estado son soluciones del porvenir. Pero hay una cosa segura para nosotros, muy segura, y es que el Estado no vendrá nunca. Y hay otra cosa segura, más segura que nada, y es que no se puede asegurar que la Independencia no vendrá.» Decía esto cuando declaraba el Presidente del Partido Republicano: «Nosotros los republicanos, pedimos un gobernador para americanizar a Puerto Rico.»

En 1912 tenía lugar entre nuestro Comisionado residente en Washington, Luis Muñoz Rivera, y Towner, del Comité de Asuntos Insulares de la Cámara de Representantes de los EE. UU.:

Mr. Towner.—Usted sabe, desde luego, que la independencia sólo puede ser obtenida en una de estas dos formas: o por una revolución por parte de los puertorriqueños...

Muñoz Rivera.—Ese no es nuestro camino.

Mr. Towner.—Hablaba yo simplemente de esto como una de las posibilidades.

Muñoz Rivera.—¡Oh, sí, seguramente!

Mr. Towner.—Pueden hacerlo por la revolución o por la acción protectora de los Estados Unidos. Ahora bien; si nosotros concedemos la ciudadanía hoy,

ella no impediría ninguna revolución que ustedes intentasen promover más adelante. Su condición sería exactamente la misma; ustedes podrían rebelarse de igual modo que si no les hubiésemos concedido la ciudadanía. Y ello también es cierto, relativamente, a la cuestión de si pudiera o no afectar a la acción protectora de los Estados Unidos. Si los Estados Unidos desean dar a ustedes su independencia, pueden hacerlo, sean ustedes o no ciudadanos de Estados Unidos. Aquello nada tiene que ver con esto. Ahora, si la ciudadanía beneficia a su pueblo, ¿no sería mejor para usted tenerla, si ella no ha de estar en conflicto con aquel ideal, el de la independencia?

Muñoz Rivera.—Sí, Mr. Towner. Yo aprecio la cuestión en la misma forma que usted. Opino que, concediendo el Congreso de los Estados Unidos la ciudadanía americana a los puertorriqueños, no se desprenderá el propio Congreso del derecho de conceder más tarde a Puerto Rico su independencia completa.

El Chairman (Mr. Jones).—Ningún partido político ni ningún periódico de importancia han favorecido la estadidad, según mis informes. Si Puerto Rico fuera admitido como Estado habrían dos senadores y, por lo menos, media docena de representantes puertorriqueños, y existe el temor de que podrían tener un influjo decisivo en el Congreso de los Estados Unidos y prácticamente hacer leyes para el Gobierno de los Estados Unidos. Por esta razón creo que no hay opinión en favor de la estadidad en los Estados Unidos.»

Aquí vemos, como en la cita de Taft, que la ciudadanía tan apasionadamente pedida por nuestros anexionistas, creyéndola camino de la estadidad, ni impedía la independencia ni querían los EE. UU. que condujera a la fusión con ellos.

La distancia, el hecho de ser isla no es ya óbice, pues con los adelantos en las comunicaciones, ya es Estado Hawaii, como son parte de Francia las vecinas islas de la Martinica y Guadalupe.

Casos de Hawaii y Alaska. Requisitos para la estadidad.

Pero es condición esencial para pedir la estadidad (hay que pedirla, hay que esperar, es merced que se recibe) estar el país asimilado, sentirse y conducirse como «americano» y, por tanto, no existir en él separatismo alguno. En Hawaii y Alaska no había separatismo. Hawaii y Alaska eran completamente

«americanos»: contenían, sí, minorías de otras razas, pero relegadas a una condición servil, sin cultura propia, sin lenguaje escrito, sin una literatura y una música, sin ninguna unión como pueblo o nación, sin ningún peso en las decisiones del país; ejemplo: unos 20.000 lapones (esquimales) en estado primitivo en Alaska contra 250.000 «americanos». Podía haber y había grupos que preferían seguir como estados incorporados en vez de como estados federados, pero no había separatistas; una vez aceptada la estadidad por una gran mayoría, no había discusión, no había problema; era un grupo de buenos «americanos» que por mayoría decidía su *status* político, pues su *status* cultural, racial, etc., estaba ya resuelto.

No así en Puerto Rico. Aquí hay separatismo. Con los solos separatistas violentos—los nacionalistas—, autores de levantamientos entre 1932 y 1940, en 1950 y en 1952, en que atacaron, además, al propio Presidente de la nación y tirotearon el mismo Congreso, y continuando aún los actos terroristas, aunque esporádicos, y anunciándose desde ahora explícitamente otros, con esos solos no puede haber estadidad. Y sin ellos, con solos los independentistas pacíficos, lo mismo, pues se trata de una buena parte de la clase superior culta, la que contiene en su seno numerosos hombres de letras y artistas. Todo esto sin contar con los que sin ser nacionalistas ni «independentistas» militantes, son muy regionalistas. Todo esto sin contar también con que el separatismo se podría ver de improviso aumentado agudamente por cualquier incidente que surgiera entre Puerto Rico y los EE. UU., para el cual incidente, no existiendo en Puerto Rico una «americanización» suficiente, podrían bastar las palabras indiscretas de cualquier legislador u otro oficial del Gobierno, o cualquier acto ofensivo de unos marinos o unos soldados «americanos», por ejemplo.

Añádase a todo esto que, si bien no es un requisito indispensable ser territorio rico, extenso y poco poblado, lo han sido, con relación a Puerto Rico—pequeño, pobre, densamente poblado—, todos los que hasta ahora han sido aceptados dentro de la Unión. Recordemos que una sola isla de Hawaii tiene cuatro veces el tamaño de la nuestra, que el país es mucho más rico y la población muchísimo menor. Luego la combinación puertorriqueña de poca extensión, poca riqueza, mucha población, raza y cultura españolas viejísimas (existían cien años antes de establecerse el primer poblado inglés en el Nuevo Mundo), reacias a sucumbir, es completamente contraria a la estadidad, la que traería graves problemas tanto para una parte como para la otra, máxime cuando existe un separatismo militante y agresivo. Dejarían de ser los «ame-

ricanos» los hábiles y prácticos políticos que han sido si admitieran en su seno un país con las condiciones del nuestro.

Por todo esto han dejado de pensar en la estadidad muchos puertorriqueños, al ver que se les rechaza; algunos incluso pasándose al campo separatista, sobre todo cuando son antimuñocistas. Otros han pasado a defender el E. L. A., porque conserva la relación con los EE. UU. y porque tiene muchas de las cosas de un Estado, incluyendo el nombre *Estado Libre Asociado*.

Dijimos que la propaganda (no puede llamarse ni dialéctica ni filosofía) anexionista no ha cambiado mayormente—consiste en una perpetua alabanza de lo «americano»—, pero que se ha visto algo mejor parada con los casos de Hawaii y Alaska. Siempre sostuvieron que la verdadera libertad—y aún decían, la verdadera soberanía, y hasta, la verdadera independencia: todo sofisma—está en el Estado Federado. Ahora dicen que el E. L. A. es simplemente una colonia, y hacen alarde de querer más soberanía, pero sólo con el Estado. Alegan que Luis Muñoz Marín, que los populares, son colonialistas, quieren ser colonia. En realidad hablan el despecho, el odio a Luis Muñoz Marín, que es, este último, como ya veremos, casi tan fuerte sentimiento como el amor a la estadidad. En realidad, este es el común denominador de todos los que votaron en 1964 con la estadidad, pues todos son antimuñocistas, mientras que sólo una parte es realmente anexionista (fusionista).

El sentimiento de inferioridad del anexionista.

Y ya que estamos hablando aquí del antimuñocismo como uno de los sentimientos del estadista, digamos de paso algo sobre los sentimientos que informa el anexionismo. Este se funda en un sentimiento de inferioridad, en un creer, no ya sólo pequeño y pobre el territorio, sino de poco valer el puertorriqueño, al cual creen incapaz como pueblo, tan lleno de defectos, cuanto lo está de virtudes el pueblo «americano». Abundan, entre los anexionistas, los que tienen complejos—complejos raciales, complejos sociales, etc.—, y creen que estarían mejor protegidos bajo la estadidad, o se vengan así de sus compatriotas; pero no es a esto a lo que me refería, sino al creernos inferiores como pueblo, cosa que se nota (en otra obra lo estudio) en los escritos del doctor Barbosa (por cierto, el éxito de Luis Muñoz Rivera se debió a que le recono-

ció valer y virtudes a su pueblo, a que creía que se podía hacer un pueblo). El anexionista suele tener la República como probable causa de anarquía y violencia; es en sí antirrepublicano (aunque se llame a sí mismo republicano, siguiendo el nombre de su partido, el Republicano); odia la República de por sí, con la excepción, naturalmente, de la «americana», que es, para él una República de distinta naturaleza. Y nos pone siempre de ejemplos malos a las iberoamericanas—todas incapaces de gobernarse, llenas de dictaduras y revoluciones, llenas de militares y de curas—; asegura que si Puerto Rico llega a ser libre, será una dictadura y tendremos revoluciones. Y eso suele él pensarlo así muchas veces, porque así lo dicen los «americanos»: es propaganda del régimen. Según el anexionista, que generalmente tiene pocos conocimientos de historia, los EE. UU. son nación de una calidad especial, y su Constitución, una cosa única, especial, perfecta, que no se puede mejorar ni tenerla tan buena ninguna otra nación.

Antihispanismo.

El sentimiento de la propia inferioridad que acompaña o que es causa del anexionismo, va junto con, o se debe a, un sentimiento de inferioridad de su raza española: el anexionista es antiespañol, antihispanista, y si cree superior lo nórdico, cree inferior lo latino y, especialmente, lo español. Continuamente hace alusiones a los males de los países de nuestra habla, a su atraso (que no tiene, según él, otra causa que los defectos heredados de España, como son el militarismo, el caciquismo, el papismo, el individualismo), a su falta de estabilidad política, a sus revoluciones, etc. Y más a menudo las hace a la misma España: tan mal habla de ella y de sus hijos de América como bien de los EE. UU. Sólo el sistema federativo es bueno. Inglaterra es la gran colonizadora; España sólo fue una cruel conquistadora. Continuamente nos recuerda la Inquisición, la expulsión de los judíos de España, las supuestas matanzas de indios, el oro de América. Celebra a Drake y celebra la derrota de la «Armada Invencible». Para él todos los grandes inventos son de los «americanos», ellos son invencibles, y ni tienen defectos, ni nunca vendrán a menos. Quiere hablar inglés y cambiarse el nombre; dice que nuestro idioma oficial es el inglés y no el español, y es enemigo de nuestro Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Es de notar que en esto del antiespañolismo anexionista tenemos el mal ejemplo de los mismos españoles de la Península. En primer lugar, trajeron, y siguen trayendo a esta pequeña España, sus particularismos y separatismos y las discordias, causa y resultado de la Guerra Civil. Muchos anexionistas son descendientes de catalanes o vascos antiespañoles, al mismo tiempo que muchos separatistas lo son de españoles fieles, castellanos o andaluces. A veces dos familias son de distintas ideologías porque uno de los hermanos se casó con una catalana y el otro con una gallega.

En segundo lugar, llegados los invasores, muchos españoles, antes incondicionales españoles, se pasaron al grupo anexionista (incondicionales «americanos»), y sus descendientes los han seguido.

En tercer lugar, muchos españoles, a nuestra vista abandonan su patria para hacerse ciudadanos «americanos», y son en la materia más papistas que el Papa: más «americanos» que nadie (por temor de que se dude de su lealtad: es un medio de defensa).

En cuarto lugar, los españoles aquí residentes, casi todos ciudadanos «americanos», casi todos comerciantes, suelen votar con los anexionistas, algunas veces por los mismos motivos que los del tercer grupo, pero más a menudo por cuestiones de intereses materiales—ley de herencia, contribuciones sobre ingresos, arbitrios, etc.

En quinto lugar, porque el sentimiento de inferioridad que tienen ciertos puertorriqueños por españoles, lo tienen tanto o más éstos; de ellos es que nos viene. Es un mal general de todo el mundo hispánico, debido, también en mi concepto, a ignorancia y confusión, y fácilmente curable, como el nuestro, con más información (esto es, mejor información) y con mejor interpretación de los hechos: mal de origen intelectual que se cura por el intelecto.

Resulta muchas veces menos antiespañol o más hispanista un puertorriqueño que un español: el puertorriqueño en su defensa de raza y cultura tiene en contra a veces hasta los mismos españoles.

El puertorriqueño, por instinto, ama y defiende su idioma, prefiere nuestra música que es de origen español, y la misma música española; las familias enseñan a sus hijos bailes españoles, pero, sin embargo, en términos generales, pues en esto incluye muchos autonomistas y hasta muchos separatistas, repite sin cesar los errores y defectos, verdaderos o no, de España; el único verdadero hispanismo consciente de Puerto Rico es el de un grupo de individuos (más a menudo puertorriqueños que españoles, pues el hispanismo del español

no pasa a veces de conservar unas canciones y unos platos típicos de su provincia, mientras que el nuestro se basa en Cervantes, Don Quijote, Velázquez, los Reyes Católicos, la epopeya del descubrimiento).

Pero no son todos así los anexionistas; eso que hemos dicho se aplica mejor a la clase superior, supuestamente más culta, pero, en realidad, igualmente analfabeta, aunque sepa leer y escribir y hasta tenga títulos académicos; el elector estadista suele amar las cosas nuestras tanto como cualquier otro y no pocas veces prefiere las de aquí, y conserva sus costumbres, sus canciones y su idioma. En realidad, en muchos, tal estadismo es una simple etiqueta, una costumbre heredada o producto de personales rencores.

En el extranjero, el puertorriqueño—soldado, miembro de un equipo deportivo, emigrante—suele exigir la bandera puertorriqueña y que se hable español, y hasta llora cuando oye nuestra música: vuelto a Puerto Rico es el mismo «republicano» de siempre. En EE. UU. es siempre partidario del Partido Demócrata como lo es la inmensa mayoría de los puertorriqueños; acá vuelve a ser «republicano» (seguidor del Partido «Republicano» de allá).

Por todo lo cual resulta que el grupo estadista no tiene ni puede tener la fuerza moral, la fuerza afectiva del grupo antianexionista—no sería normal que la tuviera—, no tiene ni la cohesión ni la constancia, ni se puede saber qué parte de su electorado es real y esencialmente estadista: lo único que se sabe es que contiene un grupo de fanáticos de lo «americano», que es el que le da la vida, duración y cohesión, grupo llamado «pitiyanqui», más un por ciento de personas que de buena fe creen que nos conviene más la federación o fusión que la asociación o la separación. Aseguran ellos también que con la estadidad no se pierden ni la cultura ni el lenguaje, y su argumento—bastante simple, en verdad—es que nadie nos prohibiría seguir hablando español, como no nos lo prohíben en Nueva York y como no se lo prohíben a los nativos de Nuevo Méjico o de Hawaii.

La verdadera fuerza del grupo está, aparte de los fanáticos, en:

1) Cierta número de empleados federales, que creen su deber ser anexionistas o creen perder empleo y seguros en caso de separación o de mayor dosis de autonomía.

2) Los militares, y principalmente de sargento para arriba, por no perder sueldos o el título, que a veces es el único que los saca de la masa anónima.

3) Los que reciben el Seguro Social, creyendo que lo perderían.

4) Cierta número de puertorriqueños que viven en el continente y que se sienten—no que lo estén—suficientemente asimilados.

3. LOS PARTIDOS SEPARATISTAS.

Pasemos ahora al elemento independentista (el separatista), al cual he ido aludiendo sólo de paso para dejarlo adrede para último. Ya dijimos que hay un grupo nacionalista (partidario de la acción directa, de la revolución), uno constituido en partido político, otro retirado en sus hogares, otro ahora llamado Movimiento Pro Independencia, un buen número votando por el Partido Popular Democrático y un grupo derrotista votando por los estadistas—en cada uno de estos casos es difícil determinar el número de seguidores.

El Partido Nacionalista, en este momento prácticamente desorganizado, quizá no tenga hoy más de un par de miles de miembros. Como ya dije, nos quita el arma fácil, económica. de la palabra en favor de la acción directa (violencia, terrorismo). con lo cual no ha traído la independencia, pero ha sembrado temor en los puertorriqueños generalmente pacíficos y amigos de luchar sólo por medios de la palabra, y al mismo tiempo ha constituido y constituye una barrera poderosa contra la fusión (estadidad). Por otra parte, con su actitud violenta, con sus aires fascistas, da pábulo a la propaganda antiseparatista, según la cual, si esto fuera libre, tendríamos dictaduras y revoluciones a cada rato, como en el resto de Iberoamérica.

El Partido Nacionalista fue a elecciones en 1936 y sólo obtuvo 5.000 votos. Clama, desde entonces, que las elecciones son coloniales y que es inútil ir a las urnas, con lo cual no sólo está en contra de los Partidos Estadista y Popular Democrático, sino también en contra del Partido Independentista Puertorriqueño (P. I. P.).

A pesar de tal prédica (no ir a las urnas), en 1946 se formó el Partido Independentista Puertorriqueño (P. I. P.), disidencia del Popular. Yo no voy a entrar en las causas de esta disidencia, pero diré que no fueron estrictamente—como debiera haber sido—de carácter ideológico. Sólo se llevaron a una parte—creo que la mucho menor—del liderato independentista del Partido Popular.

Creo que esto constituyó uno de los errores políticos de los puertorriqueños y un error del grupo independentista: creo que hubiera sido aún más eficaz

la gestión regionalista si ese fuerte núcleo de independentistas se hubiese quedado dentro del Partido Popular para imprimirle con más fuerza aún el carácter regionalista que tiene.

Sea de ello lo que fuere, se separó la disidencia formando partido aparte, obtuvo 60.000 votos en 1948, 126.000 en 1952, según bajaba en proporción el Partido Estadista, y luego bajó en 1956, hasta quedar eliminado como partido en 1964 (sólo unos 25.000 votos), mientras llegaba otra vez a su apogeo el Partido Estadista Republicano (P. E. R.), con 287.000 votos.

Está claro que muchos de los votos que había obtenido en su mejor año eran de estadistas antimuñocistas, que creían así poder derrotar al líder popular, y que al ver que era imposible volvieron a sus tiendas. El Partido se dividió: conozco a muchísimos de sus seguidores que vienen votando con los estadistas, también para derrotar a Luis Muñoz Marín. Otros, quedaron en sus casas. Y otros, están inscribiéndose otra vez para volver a ir a elecciones, a pesar de que en los últimos años es grito de la mayor parte de los independentistas, siguiendo con ello a los nacionalistas, que no se debe ir a elecciones coloniales.

Es de notar que una vez el Partido Independentista (P. I. P.) llegó a sostener (aunque no públicamente) que la mejor manera de traer la independencia era una victoria anexionista; ya no lo piensan así, pero un grupo de ellos vota todavía con los anexionistas.

El grupo que no quiere ir a elecciones—por lo menos el más importante de tales grupos—lo constituye el Movimiento Pro Independencia (M. P. I.), el cual se dedica a última hora a gestionar independentistas cerca de las Naciones Unidas, pero que, eminentemente, es antiautonomista y antimuñocista.

Puede verse entonces que hoy por hoy es tal el antiautonomismo (antiestadolibrismo) y el antimuñocismo de estos grupos, que a veces piensa uno que son sólo eso y, por tanto, pseudoindependentistas, más que verdaderos separatistas. En eso actúan lo mismo que los estadistas, y es que, en gran parte, lo mismo que sucedió en el siglo pasado con los seguidores de Betances, los separatistas muchas veces no hacen otra cosa que hacerle el caldo gordo a los anexionistas; queriéndolo o no, sabiéndolo o no, su actividad separatista no ha beneficiado al separatismo, sino al anexionismo.

Y ya que estamos en esto del antimuñozismo, dejémoslo analizado de una
4. EL ANTIMUÑOOCISMO.

vez. Ya vimos que hubo un antimuñozriverismo que empezó ya antes de la invasión «americana», en cuanto se hizo Luis Muñoz Rivera cargo de la dirección de la campaña autonomista en 1890, y que cristalizó primero en el Partido Autonomista Puro u Ortodoxo de 1897-8 y luego en el Partido Republicano (ya invadido el país) desde el 1899 hasta hoy. Sobre el particular, refiero al lector a mi libro, *Cuba y Puerto Rico no son...* (1963). Trato el asunto aún con más detalle en mi libro sobre Luis Muñoz Rivera, todavía sin publicar.

De 1940 para acá se ha constituido un nuevo antimuñozismo (esta vez contra el hijo de Luis Muñoz Rivera): el antimuñozmarinismo. Casi se puede decir que hoy la más corriente política contra el Partido Popular Democrático y el Estado Libre Asociado no es el Partido Estadista Republicano, sino el antimuñozismo. Tal anomalía se debe, como ya dijimos, a la anomalía de ser nuestros partidos constitucionales, esto es, a estar dedicados a constituir al país políticamente, cosa que, dada la situación especial ya discutida, no habiendo unanimidad en lo exterior, no se aviene bien con la gestión política interna, esto es, administración y gobierno interior.

En las elecciones de 1960 y 1964 se puede decir que los votos de los tres partidos contrarios fueron principalmente expresión de la oposición al líder supremo, Luis Muñoz Marín, y no al programa, las ideas y las prácticas de su partido, el Popular Democrático. Ya sabemos que la gran mayoría del país votó por Muñoz y, junto con él, con el programa de su partido; pero la minoría que votó por los tres partidos de la oposición, en gran parte no lo hizo por seguir sus propios programas ni por combatir al programa del partido victorioso, sino, principalmente, por puro antimuñozismo.

El país votó por Muñoz Marín, pero votó también, y en parte considerable, porque siguiera el progreso material de la isla, porque continuara la asociación con los Estados Unidos, porque se conservara la personalidad puertorriqueña; en otras palabras, se votó en buena parte a favor de la estabilidad, a favor de que no hubiera cambio de Gobierno, de que siguieran las cosas como iban o estaban. A estas cosas no personales, a estas cosas impersonales, a estas cosas de interés general, se debió, no hay duda, no sólo un incremento de miles

de votos en un partido viejo, sino el mantenerse en su puesto un gran número de electores.

Al otro lado, en cambio, se votó principalmente en contra del líder. El común denominador que principalmente unió a los votos contrarios fue la oposición al hombre: a Luis Muñoz Marín.

El partido más fuerte de la oposición, el Estadista Republicano, el francamente anexionista, prácticamente nació de la oposición a Luis Muñoz Rivera. De este antimuñozriverismo es, en parte, continuación el antimuñozmarinismo de hoy: la oposición al padre se ha continuado en la oposición al hijo. El Partido Estadista Republicano prácticamente ha vivido a través de los años de su oposición a las ideas y sentimientos que dejó bien arraigados en nosotros Luis Muñoz Rivera y que continúa hoy su hijo, don Luis Muñoz Marín.

Con este partido votaron muchos del Partido Independentista, que más, mucho más, que verdaderamente independentistas, eran antimuñocistas. De éstos, muchos no hicieron otra cosa que volver a su partido: eran republicanos que habían ido antes al independentismo creyendo que había allí más oportunidad de derrotar al líder. Ahora, en 1960 y 1964, veían esa oportunidad más posible en el suyo. Este grupo era doblemente antimuñocista, pues era de extracción antimuñozriverista y ahora militaba en el antimuñozmarinismo.

Los 24.000 independentistas que se quedaron en su sitio, esto es, que no votaron con uno de los otros dos partidos de oposición, son los que realmente votaron por su ideal, pero aun éstos, como luego veremos, aunque son de verdad independentistas, son también doblemente antimuñocistas—esto es, antimuñozriveristas y antimuñozmarinistas, y, naturalmente, antiautonomistas y antiestadolibristas.

Volviendo al Partido Estadista Republicano, que nació del antimuñozriverismo aun antes del cambio de soberanía, esta colectividad aumentó considerablemente sus votos. En él se concentró la oposición, y gran parte de ella no fue otra cosa que puro derrotismo, en el sentido de deseo único de derrotar a Luis Muñoz Marín.

Al núcleo central y antiguo del anexionismo, cultivado al calor de un fervoroso antimuñozriverismo desde antes del cambio de soberanía, se añadió en el 1960 y 1964 un grupo del Partido Independentista, que estaba en él no por independentismo, sino por antimuñozmarinismo, otro grupo del mismo partido, dominado por el antimuñozmarinismo, que creía llegar más ligero a sus fines derrotando primero al Partido Popular aunque ganase ahora el

anexionismo, y, por fin, otro grupo de silenciosos antimuñocistas, que salía ahora por primera vez de un largo retiro, creyendo que había una verdadera oportunidad de derrotar a Luis Muñoz Marín. Esto aparte, naturalmente, del número de populares disgustados por motivos personales.

Lo que quiero decir en los párrafos anteriores, si logro hacerme entender, es, en primer lugar, que, en términos generales, el país votó por gran mayoría (mayoría sobre todos los demás partidos juntos) por el Partido Popular Democrático, que fundó y dirige siempre Luis Muñoz Marín, pero que de esta gran mayoría, una parte considerable votó primero por el partido y su programa, ideas y prácticas, y sólo en segundo lugar, por el líder. El país está aprendiendo a votar, y ya vota, en una parte cada vez más considerable, por ideas antes que por personas (esto no quiere decir que las personas no deben contar para nada, que se debe votar exclusivamente por ideas: las personas concretas son tan importantes como las ideas...). El muñocismo es fuerte, pero es fuerte también la tendencia a votar por programas, por ideas, por intereses generales.

Y en segundo lugar, si logro, repito, explicarme bien, lo que quiero decir es que la oposición, la de los tres partidos, fue esencialmente antimuñocista, que el antimuñocismo fue su ingrediente principal, su *leit motiv*, su fuerza principal, su común denominador.

Estamos, pues, ante un curioso fenómeno puertorriqueño, ante una aparente paradoja: en un país en donde un hombre obtiene una gran mayoría de los votos, ningún otro hombre ni ninguna idea tiene tantos adversarios como él; el hombre cuyo partido obtiene en 1960 más de 460.000 votos y en 1964 cerca del medio millón, es el blanco del odio, casi, de un gran número, quizá mayoría, de los 300.600 electores de la oposición. En la primera cifra hay puros muñocistas, que votan por él y no por programas de partidos, pero hay también otros que votan por el partido antes que por él, que votan por él en tanto él defiende las ideas e intereses de ellos, pero si no, no. La segunda cifra es por lo menos, en gran parte, la expresión de un fervoroso antimuñocismo.

En otras palabras, las dos grandes corrientes actuales de nuestra política son: una, colectiva, impersonal, objetiva, que defiende los intereses generales del país y que encuentra expresión en el movimiento (más que partido) popular democrático; y otra, personal, personalista, que lucha contra un hombre, un linaje, y que llamo antimuñocismo.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE PUERTO RICO

No hay nada aquí de sobrenatural ni de realmente extraordinario; la explicación no es difícil. La primera corriente es normal, completamente normal. El país, por grandes mayorías, viene votando desde el cambio de soberanía por un conjunto de cosas, de intereses generales, que, en política, en las circunstancias actuales, incluyendo, entre otras, la poca disposición del pueblo a mayores sacrificios, no ha encontrado hasta ahora mejor fórmula que la que han defendido los Partidos Federal, Unionista, Liberal y Popular.

Como por más vueltas que se le ha dado al asunto no se ha encontrado, en conjunto, otra fórmula que ofrezca las mismas garantías, no se ha podido, pues, formar un partido político con posibilidades de vencer a los que mencioné arriba.

Y hoy la oposición, que tiene naturalmente que haber, no encuentra, pues, una fórmula económica, social y política alrededor de la cual agruparse. No le queda entonces otro camino que el de agruparse o alrededor de una gran personalidad o en contra de otra gran personalidad. No puede hacer lo primero porque no tiene entre sus seguidores la personalidad apropiada. Tales figuras no se dan todos los días. Sólo puede entonces hacer lo segundo: agruparse en contra de la fuerte personalidad adversaria.

Y así hoy, en Puerto Rico, no se oponen como grandes fuerzas políticas, ni dos fórmulas políticas ni dos grandes personalidades. En Puerto Rico, hoy, las dos grandes fuerzas políticas son, por un lado, una fórmula política bajo la dirección de un gran líder político, y por el otro, la reacción contra este líder. No tenemos, pues, un programa (o partido, o fórmula) contra otro programa, o una personalidad contra un programa, sino, a un lado, un programa y un líder, y al otro, una reacción contra ese líder. Esto asegura, naturalmente, la victoria de la fórmula o partido, o programa, porque es una fuerza positiva, máxime cuando la apoya una gran personalidad política, y la derrota de la otra fuerza, porque es negativa, máxime cuando no la apoya la fuerza de una poderosa personalidad.

Así, pues, tenemos también en Puerto Rico que un hombre—Luis Muñoz Marín—domina los dos polos de nuestra política; es el eje y el centro de los dos sentimientos contrarios, de las dos corrientes contrarias, de las dos fuerzas políticas contrarias, esto es, domina la escena como jefe y animador, en su propio partido, y domina también la escena, como principal foco de atención (de tensión), en el partido contrario: su partido; como es natural, hace o aprueba lo que él dice, y el otro, sólo sabe oponerse a lo que él dice, hacer

lo contrario de lo que él dice. No puede así la oposición, con procedimientos negativos, aspirar a la derrota del programa contrario.

Donde no hay más que una fórmula política posible, la persona que la defiende, la personalidad que la encarna, por fuerza ha de ser el único centro de atención (y de tensión). Sólo puede variar esto si surge otra gran personalidad.

Hubo una vez—y pongo el caso por ejemplo de lo que vengo diciendo—en que esta situación se alteró, aunque por poco tiempo. Fue en tiempos de la Coalición de los Partidos Socialista y Republicano (1932-40).

La fuerza o corriente política que prácticamente siempre ha dominado desde el cambio de soberanía, no tuvo por un tiempo ni tan buena fórmula o programa ni un líder de tanto relieve; al Partido Liberal le faltaba la acción social (socialista), al mismo tiempo que al líder, Barceló, le faltaba relieve y eficiencia: única vez en que aquella fuerza política estuvo falta de eficacia por parte del programa y de eficiencia por falta del líder. La mayoría de los electores quedó agrupada alrededor de dos personalidades—Santiago Iglesias y Martínez Nadal—y de dos intereses—el socialismo y la estabilidad—, dos personalidades de mediano relieve y dos intereses de mediana fuerza. Resultado: quedó el país disperso, sin unidad lo que la Coalición logró en mayoría (pequeña) de votos, lo compensaba la mayor cohesión, consistencia, coherencia, unidad intelectual y sentimental del Partido Liberal.

Vino Luis Muñoz Marín, continuador de Luis Muñoz Rivera en dones políticos, en personalidad y en sangre, añadió al programa lo que le faltaba—acción social y sentimiento regionalista—y volvió todo a su sitio y a su original sencillez: un partido hecho poderoso por la bondad de sus propósitos y por la personalidad de su líder y un grupo de oposición unido principalmente por su hostilidad a ese líder.

Sea de ello lo que fuere, es a mi juicio el caso que la mayor fuerza o tendencia en los partidos opuestos al Popular, es el antimuñocismo, antimuñocismo éste de larga historia. Empezó con el antimuñozriverismo del grupo de hombres que desde antes del cambio de soberanía eran ya, en gran parte, anexionistas y seguían a los enemigos de Luis Muñoz Rivera. Se continuó con el antimuñozriverismo de los que en este siglo acusaron al barranquiteño de no haber levantado al país en armas contra el invasor «americano». Y continúa en el antimuñozmarinismo de hoy, que es la moderna forma del antimuñocismo de

hoy. La oposición de 1960 y de 1964 fue, principalmente, una oposición a Luis Muñoz Marín, oposición que continúa y sucede al antiguo antimuñozriverismo.

Dos de los partidos antimuñozmarinistas quedaron eliminados como tales partidos. El otro, que vive mayormente del antimuñozismo, logró recoger el mayor número de votos antimuñozmarinistas. En eso está su fuerza y en eso está su debilidad.

En una democracia no se puede hacer otra política útil simplemente atacando a alguien; tal obra es negativa, y el país quiere algo positivo, algo constructivo. Por eso quedaron eliminados dos partidos y por eso va demasiado cuesta arriba el que queda, pues votos flotantes, unidos sólo por la negativa cualidad de oponerse a un hombre y a un apellido, son votos fáciles de perderse, de dispersarse.

La conversación—la diaria propaganda, el diario argumento—de la oposición—estadista o independentista—es del tipo siguiente: que si dijo Muñoz, lo que debió decir Muñoz, si Muñoz no puede..., si Muñoz se cree..., y así por el estilo. Con tal sistema no se puede crear, construir ni corregir nada.

El «independentista» de que estamos hablando alega que Luis Muñoz Rivera pudo—y no quiso—declarar la República en 1898, cuando entraron los americanos. Con el pueblo que había en la época, con un país dividido, con una parte—quizá la mayor—, creyendo en las promesas de los invasores, declararse independiente, máxime frente a un ejército invasor, al cual no podía detener el ejército español—pobre, pequeño, pero ejército al fin—, era una locura. Una cosa pudo hacer Luis Muñoz Rivera, y la hizo—los demás no la hicieron—: se alistó en un batallón de voluntarios para pelear contra el invasor, acción que luego le fue censurada por sus adversarios y aun por seguidores.

Por falta de conocimientos, suelen también estos «independentistas» establecer una comparación entre José de Diego y Luis Muñoz Rivera, favorable al primero como hombre puro, irreductible, que nunca transigió. Ignoran que De Diego era abogado de las centrales azucareras, que como todo el mundo, al principio de la ocupación, tuvo que defender la estadidad, y que más tarde hubo de pedir que fuera incluida en el programa del Partido para poder exigir que lo fuera también la independencia.

Y ahora acusan de la misma traición a Luis Muñoz Marín, porque éste declaró, en el momento de constituir el Partido Popular Democrático, que la independencia (o cualquier *status* político) no estaba en *issue*, maniobra ésta

hábil que permitía colaborar en la obra a la gente de todas las ideologías políticas, pues, como ya vimos, lo que ha estorbado siempre a los partidos ha sido el hecho de ser constitucionales, de tener que bregar a un mismo tiempo con cuestiones de administración al mismo tiempo que con fines de constituir al país. Pero esos mismos que tal criticaron se quedaron dentro del Partido, a pesar de las declaraciones del líder, y luego vinieron a sacárselas en cara cuando se separaron—error que ya dije—en 1946.

No recordaron—no quisieron recordar—que luego del asesinato del Coronel Riggs por los nacionalistas, seguido éste por el asesinato a sangre fría de dos jóvenes nacionalistas en un cuartel de policía, Muñoz Marín se negó a hacer declaraciones condenando el asesinato del Coronel si no hacía igual cosa la otra parte, condenando el de los jóvenes, actitud que lo convirtió en un paria político. (Carl. J. Friedrich describe a Luis Muñoz Marín como «quintaesencialmente puertorriqueño y español».)

No se dan cuenta de lo extremadamente difícil que es conducir a un pueblo, todavía no muy bien constituido, en un país en donde (como en el caso, por ejemplo, del presidente de una sociedad cualquiera) no es fácil conducir ni siquiera a una docena de hombres, por la poca disciplina, el poco razonar, el poco conocimiento (o experiencia). No ven lo extremadamente difícil que es bregar con un pueblo extraño y poderoso, para quien la mera existencia de un pequeño país como el nuestro es cosa casi desconocida, con inmensas preocupaciones e intereses, con extraños (para nosotros) idioma y psicología (complejos, prevenciones, gustos, particularismos, provincialismos aún). No ven—y no quieren ver—lo difícil que es tener que pedir (¿exigir?) con humildad (para no enojar), pero con dignidad (para no perder el respeto propio), el tener que ceder en unas cosas, a veces importantes, para siquiera obtener alguna cosilla. Los grandes políticos, como Luis Muñoz Marín, como Luis Muñoz Rivera, tienen que saber tragarse las píldoras más amargas, para ganar ventajas para su pueblo que sus propios seguidores (compatriotas) no se tragarían. Un buen político, entre muchas otras cosas, es un buen negociador, cosa muy importante en nuestro mundo y por cierto no corriente, un diplomático, y eso suele faltarle por completo precisamente al que lo critica, máxime si es el tipo de revolucionario lírico y, por lo mismo, ineficiente. Es cosa curiosa que el puertorriqueño, que a diario celebra a un simple distribuidor de puñetazos, quizá analfabeto y completamente inútil en nuestra brega de pueblo, no le reconozca mérito alguno a un hombre de cualidades superiores, desempeñándose en un

campo sumamente difícil, entre adversarios con un enorme poder y con superior inteligencia, y todavía peor, o sumamente interesados y egoístas o altamente indiferentes a situaciones en que ni ellos ni su país tienen nada en peligro. Un buen político puertorriqueño tiene que bregar con mucha inmunidad, dentro y fuera, aquí y allá, y eso no se hace por gusto. Grandes líderes políticos ha tenido nuestra isla, gracias se le deben a Dios.

Criticaron después que Muñoz Marín se decidiera por ahora por la autonomía y trajera el E. L. A. No quieren recordar que él representa a un pueblo que eso es lo que quiere, por efecto de los factores ya mencionados, fundamentales de nuestra política. Muñoz Marín, político hábil y político bueno y honrado, ha tenido que tragarse la amarga píldora de la industrialización y del turismo en las condiciones en que se están empleando, no porque les gusten, sino por no quedarle mejor manera de servir a su país. No ven que los anxionistas acusan a Luis Muñoz Marín de «independentista», no ven que el líder es de ascendencia «independentista», que la nutrida familia a que pertenece tiene los mismos sentimientos, lo mismo que todos sus viejos colaboradores y amigos.

Hoy el «independentista» de que hablo sigue contradiciendo y tildando de malo cuanto diga Muñoz Marín: esa es toda su política—atacarlo y contradecirlo—, política completamente negativa, que lo pone, con ello sólo, en contra del país. Si fuera hábil, una vez cometido el error de salirse del Partido Popular, habrían sabido usar para sus fines la figura de Luis Muñoz Marín, sin ponerse de frente ante los ojos de su pueblo, y aprobando al menos la parte en que el hombre, sin dejar lugar a dudas, está defendiendo nuestro idioma y nuestra cultura.

Porque este grupo independentista no aprende y no cambia, por tanto, de métodos y procedimientos. No conoce bien a Hostos y a Betances en lo que realmente valen y se distinguen, y los alaba en lo que fueron un fracaso: en política. El régimen los aclama por antiespañoles, y los «independentistas», por separatistas. Ninguno de los dos se quedó aquí para luchar por esta tierra. El segundo quiso ser ciudadano «americano», lo fue dominicano y sirvió a Cuba y, queriéndolo o no, sabiéndolo o no, contribuyó a la anexión, favoreciendo el anxionismo, debilitando a España. El primero propuso el «Libre Estado Asociado», el protectorado americano por veinticinco años. A ninguno de los dos conoció, ni podía seguir, ni sigue el pueblo: a ninguno de los dos entiende. Hostos, uno de los grandes hombres de América, era un visionario, un doctrinario que no conocía bien el problema de su pueblo.

Porque estos «independentistas», ellos mismos visionarios, rinden culto a los visionarios que tanto daño nos han hecho y odian a los hombres de visión—cosa distinta—, a quien debemos lo que somos: Baldorioty, Muñoz Rivera, Muñoz Marín, personas que estaban enteradas, personas que sabían, que conocían su pueblo, que hicieron este pueblo—de ellos son precisamente hijos los «independentistas—, que sabían lo que querían, que sabían cómo conseguirlo, y que no se equivocaron.

Los visionarios.

Esta actitud lírica y romántica, antipolítica, que empieza con Francisco de Miranda, nos ha hecho más daño que la perpetua repetición sin sentido de los anexionistas.

Dije Francisco de Miranda porque es con el que empieza en la historia de la América ibérica la influencia nefasta sobre nuestros destinos del tipo de hombre que llamo visionario, y que hoy, casi dos siglos después, se encarna en Puerto Rico en dos grupos: uno anexionista (el republicano «pitiyanqui») y otro separatista (el separatista estridente, fanático, casi podríamos decir maniático). El tema merece de por sí un libro; yo apenas lo tocaré aquí y sólo en la parte que viene a colación.

Mientras las naciones enemigas de España—y principalmente los EE. UU. desde su misma fundación—producían buenos hombres de estado, capaces defensores de los intereses de sus países, inteligentes, prácticos, disciplinados, fríos y calculadores, con clara visión, nosotros producíamos un tipo romántico, poético, lírico, cándido, impresionable, indisciplinado, impráctico, platónico, impulsivo, sin visión política ninguna, pero enamorado de una palabra, de una apariencia efímera, de un ensueño, de una abstracción, de una visión—era visionario—, impulsado por vagos sentimientos o infantiles simpatías, viviendo fuera de la realidad (y, sobre todo, de las realidades políticas), incapaz de adaptarse a las circunstancias del momento, de razonar con lógica. Esto le venía de su propia raza española, y casi siempre no hacía él otra cosa que seguir las corrientes de la metrópoli, en donde no pocas veces sucedía lo mismo.

Junto con este hombre de tipo lírico existía también el tipo académico, doctrinario, teórico, sistemático, el apóstol, el ideólogo, el teorizante, que no

adapta teorías, sistemas y doctrinas a la realidad, sino que pretende someter la realidad a ellas, lo mismo que el tipo romántico la somete a sus deseos e ilusiones.

Muchas veces se enamoraron estos hombres de teorías, doctrinas y sistemas que por entonces se debatían en Europa; otras, de las simpáticas ideas de Rousseau o del pintoresquismo de los literatos franceses y, sin más análisis, querían aplicarlos a la realidad política y social de nuestra América. Por encima de tales influencias venía la de la propaganda de distintas naciones y, principalmente, de los EE. UU. Así, y siguiendo en ello muchas veces a la metrópoli y, según la época, por ejemplo, se enamoraron del federalismo, de la forma republicana de gobierno, de la Constitución «americana», del indigenismo, etc. Esto sin contar la influencia de las revoluciones «americana» y francesa y la de grandes figuras de la época, como Napoleón. Esto, cuando era sincero, pues muchas veces fue sólo el pretexto para excusar propios errores u ocultar propias deficiencias o seguir personales caprichos.

Sea de ello lo que fuere, tuvimos así, después de Francisco de Miranda, a Bolívar y los llamados libertadores de nuestra América, cuya obra, en la práctica y en el aspecto político, consistió esencialmente en «desgranar la mazorca» para que se comieran los granos, como así lo han ido haciendo poco a poco, los cuervos del imperialismo. Estos hombres murieron prácticamente todos desengañados, y los que les siguieron, para emplear una frase de Luis Muñoz Rivera, apenas han sabido «llorar sobre los escombros de su nueva Jerusalén, desolada y exánime», eximiéndose ellos mismos, unos y otros, de toda culpa y atribuyéndosela completa a la Madre Patria o a los EE. UU.

Siguió después, década del 1840-1850, en los mismos errores Santo Domingo, cuya trágica situación todos conocemos; y medio siglo más tarde, Cuba, desangrada en una guerra que sólo aprovechó a los EE. UU., siempre pendiente de sus intereses, durante la cual, de paso vinimos a ser víctimas Puerto Rico y Filipinas, al fin de la cual quedó la gran Antilla prácticamente colonia yanqui, y después de la cual ha habido allí más violencia, más revoluciones que en los cuatro siglos anteriores de su existencia, terminando todo con el régimen comunista, bajo intervención rusa, de Fidel Castro.

En el caso de Cuba, mientras el líder autonomista fracasaba en su política y contribuía, sin saberlo, a la debacle y de paso nos condenaba a nosotros, el visionario Martí, uno de los grandes hombres de América, por desgracia tenía éxito en sus líricos sueños. Dijo Rubén Darío que la llamada independencia

de Cuba no pagaba, no justificaba la muerte de Martí; tenía razón: en realidad, más valían unos versos del gran poeta y más bien produjeron a nuestra América que toda su obra política.

Siguiendo a los visionarios cubanos, y contribuyendo a su obra equivocada, tuvimos los puertorriqueños otros tales, como Betances y Hostos, este último también uno de los grandes hombres del hemisferio; el primero, separatista solitario, y el segundo, proponente del «protectorado americano»; el primero, visionario del tipo lírico, y el segundo, visionario del tipo académico y doctrinario, y ambos, fundamentalmente, españoles. Al mismo tiempo otro grupo de hombres, seguidores de Labra, mayormente académicos, sistemáticos, doctrinarios, pero sin la valía de Hostos, dividían el país en dos bandos irreconciliables y fundaban en 1899 el Partido Republicano, incondicional del nuevo régimen.

Descendientes de Betances y, por equivocación en gran parte, de Hostos, son los independentistas inmediatistas de hoy; descendientes de Labra, los anexionistas fanáticos, y ambos grupos, descendientes a través de los tiempos del visionario Francisco de Miranda.

El resultado de la obra de este linaje de visionarios ha sido el debilitamiento, el despedazamiento, el achicamiento, la desunión de nuestra América, la perpetua intervención imperialista de las naciones europeas por un tiempo y de la «americana» por siempre, con la pérdida de territorios inmensos que llegaban por el Norte hasta Alaska y por el Este casi hasta las primitivas trece colonias norteamericanas; los invasores de Méjico, Cuba, Haití, Santo Domingo, Puerto Rico, Filipinas, la ocupación de Honduras por Walker, las expediciones filibusteras a todas partes de América, las amenazas a Chile; la intervención en Bolivia, la separación de Panamá de Colombia, que partió a ésta en dos partes, y así por el estilo.

Y, por lo que toca al tema de este trabajo, puede causar la pérdida irremediable de Puerto Rico, mientras nuestros visionarios anexionistas viven en perpetuo éxtasis ante lo «americano» y nuestros visionarios independentistas se consuelan vituperando a España y a/o los EE. UU., simpatía infantil en un caso odio ilógico, irracional en el otro y, en ambos, actitud negativa y contraproducente. Los segundos, que debieran ser la primera línea de defensa del factor raza y cultura y que son muchas veces hombres de cultura, profesores y escritores, resultan con frecuencia en conjunto casi tan nocivos como los primeros.

Y así es tal el antagonismo de estos hombres contra Luis Muñoz Marín, que atacan a la autonomía con más intensidad que a la estadidad federada. De modo que lo que, en el campo del factor raza y cultura, por un lado contribuyen, por otro lo destruyen. Su actitud es una negativa de derrotismo: una de no hacer nada, excepto criticar lo que otros hagan.

Entra en esto otro factor psicológico: estos hombres lo fían todo a la aparición en nuestra escena de un gran líder, gran conductor de multitudes. Si la cosa va a su gusto, es que hay un buen líder; si no, es que el líder no sirve. No piensan nunca que el gran líder es siempre producto de su pueblo, que es gran líder y que conduce, porque sigue, porque representa, porque sintetiza en su persona anhelos y aspiraciones. Creen que el gran líder—el que ejerce el poder—, por ello mismo lo puede todo, puede hacer de su pueblo lo que le venga en gana, darle la dirección que le dé la gana: así dicen que Muñoz Rivera pudo declarar la República en 1898, pero no le dio la gana (se entregó); que Muñoz Marín la puede declarar hoy—así, sin más, sin preocuparle consecuencias, sin consultar a su pueblo—, y que ese pueblo (dividido como está, por cierto) no le va a pedir cuentas luego.

Por otra parte, no quieren la obra concertada, la obra colectiva, el común consentimiento; quieren la obra personal de un líder, de modo que cuando no lo hay, hay que resignarse a no hacer nada, y si lo hay, él debe poderlo todo. Y cuando lo hay, como hoy, lo hacen responsable de todo, y lo hacen el blanco de todas las críticas y el autor de todos los males. Para ellos ser elector popular, es ser muñocista, y viceversa. No comprenden que mucha gente vota por un gran líder, sin que personalmente sea de su gusto, tal como un *enfermo se deja operar de un médico que no le está simpático, o se sirve de un albañil eficiente aunque no le agrade personalmente*. (Véase mi artículo «Sobre lo que puede un líder político», en *Alma Latina*).

Hay entre ellos distintos grupos. Los hay que defienden raza y cultura, con conocimiento de causa, sabiendo que son raza y cultura españolas y sintiéndose orgullosos de nuestros orígenes. Pero los hay antiespañoles que creen una forma de colonialismo hasta el hablar español. Quieren que Puerto Rico sea algo, pero tan aparte del resto del mundo hispánico como si con él no tuviéramos relación alguna. Estos suelen ser indigenistas (indianistas) que sólo cantan lo indio en nosotros y en el resto de la América española. Estos resultan tan nocivos para el regionalismo, como el anexionista que niega patria,

idioma, soberanía, alegando que sólo importan el progreso, la civilización y el futuro.

En otras palabras, su propaganda, su filosofía (?) se hace de un «betanismo», un «hostosianismo», un indigenismo, elementos todos que son ininteligibles para la masa puertorriqueña, y de un antimuñocismo virulento. Con tales elementos han hecho una especie de religión esotérica y han reducido las esperanzas de «independencia». Con sus increpaciones y denuestos asustan al pueblo, que ve en ellos los futuros dictadores de este país, si llegara a ser libre. El pueblo no sabe, naturalmente, que estos hombres no gobernarían a Puerto Rico bajo ningún *status*, pues son del tipo lírico romántico que no sirve para gobernar, que no son constructores, sino que tienden siempre a dividirse. Bajo cualquier *status*, lo probable es que nos gobernasen los mismos hombres, los que saben hacerlo, los que construyen, los que el pueblo ya conoce, los que gozan de su confianza.

Cree este grupo que Muñoz Marín puede hacer lo que quiere, y que si decreta la independencia por encima de los votos del pueblo, éste la aceptaría sin chistar. Porque ellos lo fían todo a la extraordinaria personalidad de algún líder: no a la voluntad mayoritaria de un pueblo, no a los métodos democráticos. Quieren o que la independencia nos caiga del cielo o que de algún modo nos sea impuesta.

No han tratado nunca de persuadir al pueblo, de demostrarle que con la República no habría aquí ni revolución ni dictadura, antes bien, con sus actitudes le hacen temer precisamente eso.

Suelen decir que el nuestro es un pueblo «analfabeto en política», que no sabe votar, porque no ha votado con ellos, porque no ha votado a ciegas. Yo creo que dentro de sus circunstancias, que ya dije únicas y las más difíciles del hemisferio, este pueblo, aunque por instinto, ha votado siempre bien y ha votado mejor que nadie: lo ha hecho siempre bien, siempre ganando y conservando, nunca abandonando ventajas. Y si el mismo grupo separatista hubiese aprendido nuestra historia—su sentido— hubiese evitado divisiones, hubiese tenido una filosofía apropiada, hubiese hecho un verdadero esfuerzo en vez de contentarse con recoger el voto suelto y fácil, y no hubiese cometido tantos errores (el error de la violencia, el error de la crítica demasiado acerba, el error de ponerse contra el pueblo dedicándose a combatir al hombre que ese pueblo ha manifestado claramente que sigue, el error de dividirse, el error de dar la impresión de ser fascistas, militaristas, violento, comunista, etc.), ese

grupo, digo, tanto dentro del Partido de la Autonomía como fuera, habría hecho una gran obra.

Pero no ha sido así y hoy muchos de ellos están llamando a los anexionistas para hacer común campaña contra la autonomía. Ya puede, pues, ver el lector, por qué hay en cada pueblo, a veces contiguas, una calle con el nombre de Betances, el separatista de tiempos de España, y otra con el de Barbosa, el incondicional «americano» de este siglo, pero ambos antiespañoles.

Cometen también el error de denigrar lo propio, con la excepción de los ya dichos Betances y Hostos y alguno que otro nacido aquí que peleó contra España, y de alabar a Martí, no por las causas en que es una de las grandes figuras de América, sino por haber levantado a Cuba contra la Madre Patria. El que peleó contra España en Cuba, ése es un héroe (Pachín Marín, Valero, Rius Rivera). Para algunos vale más «la negrada heroica» (que dicen ellos) cubana que Baldorioty o Muñoz Rivera. Sólo admiran al que peleó, aunque con ello más nos hiciera mal que bien.

Parte de esta psicología la traen del mismo español (de quien descienden) a quien quieren criticar; lo que les importa no es salvar la patria, sino morir por ella.

Y confunden el separatismo de tiempos de Betances con el de hoy. No ven que aquél era un romántico movimiento sin seguidores, imitado del anterior de la América española e inspirado en el movimiento liberal de la misma España, mientras que éste es un separatismo real, causado por la intervención de un país, de una raza extranjera, con distinta lengua y costumbres. El de hoy es el separatismo que tiene realidad, que tiene importancia y validez. El que ve como la misma cosa el separatismo del siglo pasado y el de hoy, más que verdadero independentista es, en realidad, un antiespañol.

Por todo lo cual comprenderá el lector por qué la militancia separatista ha perdido tanto terreno y por qué los más (quizá) y mejores independentistas están en el Partido Popular Democrático y apoyan por ahora la autonomía (Estado Libre Asociado), como dique y muralla entre la fusión (estadidad).

Pero dividido o no, equivocado o no en procedimientos o en filosofía, sigue jugando el sentimiento separatista un papel importante en nuestros destinos y, aun con el error antihispanista de una parte, viene a ser un importante vocero del sentimiento, raza y cultura. Vale, pues, la pena seguir analizándolo.

5. FUNDAMENTOS DEL INDEPENDENTISMO.

Las palabras independentista e independentismo, que yo sepa, son neologismos puertorriqueños. No están en el Diccionario, y un español tiende a decir independencista e independencismo, derivando estas palabras del sustantivo independencia. Nosotros derivamos aquéllas del adjetivo independiente. Esto es de por sí un tema interesante, pero no es el nuestro en este momento. Lo que ahora ocupa nuestra atención es por qué hay independentismo o independencismo en Puerto Rico.

No hay que decir que la primera razón o causa, la fundamental, la que da base o fundamento a las otras, es la diferencia de raza, lengua, origen, costumbres, manera de ser nuestra con relación a las de los «americanos» (como aquí llamamos a los estadounidenses). Al ser distintos, el estar de ellos separados por las razones ya dichas, muchos puertorriqueños desean, creen necesario, justo, lógico, que lo estemos también políticamente.

Este es un sentimiento natural y espontáneo que se agudiza cada vez que, por causa de las diferencias que nos separan, chocan nativos y norteamericanos.

Este sentimiento prende con más frecuencia y con más fuerza en el hombre culto, versado en Historia, porque es hombre de su época, y la época es una de regionalismo, de independencia, de nacionalismo. Todos los países quieren ser libres, y se han hecho libres en este siglo: la maltratada Irlanda, multitud de países africanos; otros cuantos países de Asia, como la Indochina, la India, la isla de Chipre, y hasta vecinas islas de las Antillas.

Es un ideal occidental de los tiempos modernos, en los últimos siglos. Por eso dicen los independentistas, siguiendo en eso a otros países e inspirándose en los grandes tratadistas, que, por el solo hecho de serlo, tiene cada país derecho a ser libre, esto es, a ser soberano. No pocas veces se inspiran estos hombres cultos precisa y principalmente en la independencia de los mismos Estados Unidos, que fue obra de una minoría resuelta e inteligente, y en la de los países hijos de España.

Además, estos ideales tienen un fondo lírico y romántico que nos viene, en la época reciente, de la historia y de la literatura europeas. En ellos se mezclan confusamente nociones de derecho natural, de los derechos individuales o naturales, y así por el estilo.

Contribuye a que así sienta principalmente el hombre culto el hecho de

que éste es el que mejor conoce, ama y cultiva su idioma y, por tanto, el que más quiere conservarlo.

Pero hay otras causas de independentismo en Puerto Rico. Una es el sentimiento de injusticia que debe ser reparada, de crimen que debe ser castigado. Muchos puertorriqueños creen que el hecho de haber los «americanos» invadido este país en 1898, es un crimen, que debe ser castigado, que debe ser expiado o que, por lo menos, exige, por parte de los culpables, reparación de alguna clase. La reparación consistiría principalmente en deshacer lo hecho: en salir de la isla quien por fuerza entró, pero quizá bastaría con que reconocieran su crimen, con que hicieran acto de contricción, con que pidieran perdón o repararan el mal con indemnizaciones económicas o de otra clase.

Y todavía más que simplemente la invasión, el hecho de tratarse de la conquista de un país pequeño, indefenso, inerme. El crimen resulta entonces más aborrecible. Y una parte de los puertorriqueños no pueden conformarse con que se olvide y se perdone sin que el culpable haya, por lo menos hecho acto de contribución, si no de reparación, de la injuria.

Este último sentimiento se agrava en el hombre culto por la historia del imperialismo norteamericano en el resto de la América española y porque ve en esos actos la continuación de la política de expoliación y de desprestigio que por tantos siglos siguiera Inglaterra contra los españoles de España y de América.

Y el hecho de haber invadido los Estados Unidos esta isla en 1898 fue agravado por la conducta de los norteamericanos en el país, primero durante el gobierno militar, luego bajo la nefasta ley Foraker, que, como dijo Muñoz Rivera, no debió nunca salir del Capitolio «americano», y aun hasta el 1940, después de la Ley Jones, y, especialmente, en los tiempos terribles de ciertos malísimos gobernadores «americanos».

Dice Friedrich que los estadounidenses «trataron a esta orgullosa población española casi como lo habían acostumbrado hacer con el indio de su país...» «Aclamados como libertadores... pronto probaron que no tenían el menor concepto de tal libertad» (pág. 27).

Dijo Muñoz Rivera en 1902: «Nosotros aceptamos la soberanía de los Estados Unidos. Es un hecho que consumó la fuerza y que la fuerza sostiene. No cabe discutir ni combatir lo absoluto. Pero, a la sombra de esa soberanía, queremos una patria libre y digna, en que los puertorriqueños dominen y preponderen, como preponderan y dominan aquí, en cada Estado, los hijos del

Estado mismo. Es injusto que, de una manera sistemática e invariable, vayan a medrar en Puerto Rico los extraños, mientras los nativos sólo sirven para pagar el tributo y morir en el trabajo...»

Y algo más tarde (18 de julio): «Es verdad. El pesimismo llega hasta las raíces de nuestro ser colectivo. Los hijos de la vieja colonia española esperaron mucho y esperaron con fe ciega. Creyeron que el cambio de soberanía significaba no sólo una prolongación de la paz perpetua que gozó Puerto Rico, sino la conquista casi inmediata de un régimen libre y de una riqueza colosal. Se equivocaban. Al régimen autonómico que gozábamos sucede una centralización despótica: a la abundancia de recursos sucede una penuria deprimente. El Gobernador lo es todo: el pueblo es nada. Se suprimen, a pesar de sus protestas, veinte Municipios; se asesina en las calles, se asaltan los talleres, se atropella a los ciudadanos, se constituyen Tribunales arbitrarios, se crea una perenne intranquilidad por medio de una demagogia que las autoridades amparan, se ganan elecciones a fuerza de tiros y sablazos, se establece, con la complicidad del Gobierno, la tiranía de las turbas; se provoca la emigración de las personas dignas, y se convierte un paraíso, que fue nuestra tierra, en un infierno, que es nuestra tierra.

¿Cómo no había de nacer y crecer y arraigar el pesimismo tras una serie de desengaños evidentes? Nació, creció y arraigó. Y nadie confía en la rectitud de los políticos americanos, porque ellos se encargan de tratarnos como lo que somos al cabo: como la presa inerme de una "razzia" y el humilde botín de una conquistista.

Nosotros, pesimistas también por el influjo de nuestras previsiones, confirmadas en los hechos, no nos situamos en el último límite de la desesperación.»

Y el 25 del mismo mes: «Desde que el ejército del General Miles acampó en la llanura de Guánica, de Arroyo y de Ponce para conquistar sin sangre —de acuerdo con el gabinete de Madrid— la colonia de Puerto Rico, nosotros fijamos un criterio invariable acerca de la actitud que era necesario adoptar a fin de que se salvase la patria puertorriqueña.

¿Resistir a los invasores? No; porque era sencillamente absurdo. ¿Someterse a los invasores? No; porque era sencillamente indigno. Se necesitaba mantener y acrecer la autonomía que nos dejó la vieja metrópoli, adaptando sus fórmulas al funcionamiento de las instituciones americanas. Construir y no destruir.

Los Estados Unidos establecieron, con su predominio militar una situa-

ción privilegiada en cuanto a sus intereses mercantiles; Puerto Rico facilitando esa aspiración justa y lógica y defendiendo palmo a palmo el derecho de sus hijos a gobernar y administrar la tierra en que nacieron.»

Y el 5 de septiembre: «Se nos consideró como a una tribu de indios iroqueses. Y se nos trató con arreglo a las ideas que nosotros mismos engendrábamos acerca de nuestras aptitudes políticas.

De ahí la Ley Foraker, que nos anula por completo y nos hace gravitar sobre el país la losa del Consejo Ejecutivo y del veto gubernativo...»

Y en 1905: «Los soldados no blasonan de "statesmen".» La culata de un fusil oprime, pero no gobierna. Los generales vinieron, dictaron órdenes absurdas, dirigieron elecciones inverosímiles, dislocaron la vieja y sólida legislación de tipo romano, produjeron en el país el estupor que se siente ante el caos y cedieron su sitio a los otros: a los hombres civiles, a los hombres políticos, de quienes se esperaba una prudencia y una ciencia maravillosas.»

Y, efectivamente, fue malo—no podía ser de ningún modo bueno—el Gobierno omnimodo de un General, pero no fue mejor el Gobierno civil bajo la Ley Foraker.

Con la Ley Foraker llegó el Gobernador Allen, acompañado de una escolta de barcos de guerra cargados de «carpetbaggers» que venían a quedarse con este país. Y en uno o dos años compraron las mejores tierras de caña y se hicieron dueños del tabaco.

Y vino lo que Luis Muñoz llamó «El yugo del idioma», el peor de los yugos.

Y nos gobernaba ahora, como bajo el Gobierno militar, un solo hombre, un norteamericano, con la ayuda de los seis norteamericanos del Consejo Ejecutivo, todos de nombramiento presidencial. Y los fondos de nuestro Gobierno quedaban en bancos continentales. Los pronunciamientos de políticos, senadores, representantes y hasta presidentes fueron de desprecio hacia nosotros...

Y así por el estilo...

Cundió la desconfianza y hasta el odio.

El país, que en su inmensa mayoría, influido por la propaganda y poseído por la ilusión, con actitud infantil, había confiado en los invasores y creía en sus buenos propósitos, empezó a darse cuenta de la realidad.

Luis Muñoz Rivera no había compartido nunca tales espejismos. Como dijo en 1904: «En 1901, ni un hijo del país—exceptuándonos nosotros—

miraba con desconfianza a los Estados Unidos. Hoy, no ya los disueltos federales, sino que también los republicanos, que no reciben beneficios directos y tangibles, se sienten heridos en sus sentimientos patrióticos, comprenden que se les engaña y se les desprecia y no son, ni mucho menos, tan idólatras como antes de las cosas que les llegan del Norte.»

Y dijo en 1908: «Un pueblo digno no se resigna, se yergue y vibra. Cuando el látigo se levanta, los pueblos protestan en el acto, como protesto yo en este instante en nombre del pueblo de Puerto Rico.

Vimos desembarcar en nuestras costas del Sur a los ejércitos americanos; les vimos avanzar por nuestros caminos del centro; escuchamos las promesas del General Miles; sabíamos la historia de los Estados Unidos, y la isla, casi unánime—y digo casi unánime porque yo nunca compartí esos espejismos—, creyó que se nos darían las libertades que se disfrutaban en Norteamérica y que se haría un sitio a nuestra patria en el conjunto de los pueblos de la tierra. Se estableció el Gobierno militar. Lo comprendimos y lo aceptamos: esa transición era una imposición de las circunstancias, y nuestro deber consistía en facilitar su obra. La facilitamos. Y llegó más tarde el régimen civil, en que poníamos una alta y noble confianza. Los gobernadores arribaban a nuestras costas, permanecían y se alejaban; pero bajo el poder de todos ellos subsistió una grave injusticia: los puertorriqueños, los naturales de la isla, estaban siempre sometidos a los americanos, a los forasteros en la isla.»

El mismo Muñoz Rivera había ya delineado la política del país desde el primer momento. Había dicho en 1903: «Puerto Rico fue en 1898 el botín de una guerra y el producto de una conquista. Es pobre, es débil. No pudiendo luchar, se sometió a su destino; pero, dentro de la nacionalidad nueva, su deber consiste en mantener su personalidad propia, su honor como pueblo libre. De ahí nuestra actitud franca y altiva.»

Esta fue la política que encarnó en el Partido Unión de Puerto Rico, fundada al año siguiente de 1904, en la famosa reunión del Hotel Olimpo.

El líder unionista explicaba la desconfianza y el rencor hacia los Estados Unidos: «El odio a los Estados Unidos nacerá de los desaciertos, las torpezas y los crímenes que cometan en nombre de los Estados Unidos unos gobiernos que sólo busquen su propia preponderancia, y que para mantenerla y perpetuarla informan a Wáshington que los puertorriqueños no sirven para administrar sus intereses ni para cumplir sus más simples deberes cívicos, de suerte que resultan inferiores a los zulús y a los abisinios.»

Y así fue.

Fueron muchos los desaciertos, ayudados muchas veces por ciertos sectores políticos insulares.

Uno de estos desaciertos, entre tantos de los que señalaron el primer medio siglo de ocupación norteamericana, consistió en creer siempre que se nos había hecho un honor con invadirnos, en hacer alarde de superioridad manifiesta, en creer que debíamos estar agradecidos y hasta decir que éramos unos ingratos, en hacer alarde de las ayudas federales, todo ello sin recordar nunca el hecho primero de una invasión militar y de una explotación económica que nadie aquí había solicitado.

Con esto llegamos a un tipo general de desacierto que no fue obra exclusiva de los invasores. Nos referimos a la falsa, a la mala, a la errónea dialéctica de los anexionistas de aquí. Predicar la absorción por el extranjero de un país español a base de simples y equivocadas cuanto rotundas afirmaciones categóricas, es y tiene que ser un reto a las mentes cultivadas del país. Esta era la dialéctica del pitiyanquismo: ser americano era todo y no se necesitaba más; era la ciudadanía de por sí una aspiración suprema, un bien inmarcesible; era la nación norteamericana la mejor, la más libre; más aún, la única buena, la única libre en el mundo. Otras veces el argumento era todavía más sencillo cuanto más irracional: había que entregarse por la simple razón de que los Estados Unidos eran fuertes y tenían barcos y ejércitos.

Se llegó a decir que un Estado federado era de por sí más libre, más soberano que cualquier República; se llegó a predicar que toda República es de por sí mala y lleva a la anarquía y a la revolución. Alguien—creo que un Juez de la Corte suprema—llegó a creer que no habría absorción, sino formación de una nueva raza con las virtudes de los sajones unidas a las virtudes hispánicas. ¡Que muchas estupideces se dijeron!

¡Se llegó a declarar a los Estados Unidos, aun en aquella época, con respecto a nosotros, el defensor de los negros!

Se hizo escarnio de la bandera puertorriqueña.

Tal argumentación, tal retorcimiento, no podían menos que provocar una intensa reacción intelectual en el país, reacción, naturalmente, hacia el regionalismo, el separatismo, máxime cuando, con sólo rechazar tales argumentos, era ya uno tachado de subversivo, de antiamericano, de perturbador...

Por todos estos caminos se llegaba, naturalmente, a un antiamericanismo que no podía ser menos intenso que el torpe proamericanismo, a que llamó

pitiyanquismo el poeta Luis Lloréns Torres. Vino el nacionalismo y, con la miseria económica y la torpeza política de gobernadores como el militar Winship, brotó la violencia separatista.

Pero el país, en su cordura, y no en su cobardía, como se nos ha dicho, recordó siempre la pequeñez y la pobreza de la isla, elemento fuera de nuestro poder, y pensó en lo inútil y lo cruento de la oposición armada, y de ahí su decisión autonomista, hasta ahora inalterable, que, en las palabras de Muñoz Rivera, citadas más arriba, si no puede conservarlo y conseguirlo todo debe, por lo menos, salvaguardar lo más importante, mantener las puertas abiertas para «mantener su personalidad propia, su honor como pueblo libre». No puede ir Puerto Rico contra la fuerza, no puede aumentar su tamaño, pero puede conservar y cultivar sus virtudes: puede hablar, pensar, sentir y conducirse con dignidad.

Coamericanismo.

No es esta fórmula nueva: la vieron sus dirigentes, incluyendo los más regionalistas; siempre lo vio así la mayoría del pueblo, pero en el curso de la larga lucha no siempre se le expresó del modo más apropiado. En la década del 30 se habló ya de coamericanismo, creo que por primera vez por el médico político doctor Andrés Salazar; coamericanismo quería decir asociación sin humillación, cooperación, amistad, quería decir americanismo de buena clase en la práctica, quería decir Gobierno propio, *home-rule*; autonomía, *self-government*, esto es, la mayor libertad posible, la mayor conservación posible de la personalidad consistente con las relaciones con los Estados Unidos, impuesta por la fuerza de las circunstancias y por la pequeñez y pobreza de nuestro territorio...

Pero a pesar de ese coamericanismo, de ese incremento del proamericanismo de mejor ley, queda en pie siempre esa sorda hostilidad contra los americanos de un grupo de puertorriqueños poderosos por el número y por la calidad, por la fuerza de las convicciones y por su constancia y firmeza, al par que porque sabe esperar.

Este es el núcleo fundamental de la política puertorriqueña, el núcleo básico de los partidos autonomistas desde 1898, el grupo que llevó a la victoria al Partido Popular y a Luis Muñoz Marín en 1940, tras tres años de heroico

esfuerzo. Si de un día para otro dejasen de existir todos los partidos políticos, al poco tiempo estaría ese grupo organizado y con las mismas ideas de siempre, pues tiene los mejores hombres en todos los terrenos, oradores, hombres de letras, organizadores, gente de ideas, gente esforzadas y constante, dispuesta al esfuerzo y al sacrificio por sus ideales. Este grupo regionalista es esencialmente antiestadista (antianexionista) y antirrepublicano (antipitiyanqui). Fuera de éste, el único grupo que surgiría con relativa facilidad, pero en número muchísimo menor y con menos calidad, sería otra vez el grupo estadista por tradición.

El grupo regionalista acepta alguna forma de dependencia con relación a los EE. UU., pero sólo como un mal menor, como un mal inevitable, pues la imposición de la fuerza de la invasión «americana», como se la sigue llamando, no ha sido nunca condonada totalmente.

Pero hay todavía otros factores que fomentan el sentimiento separatista. Hay la influencia de las naciones hermanas de Hispanoamérica, las cuales, a través de sus estudiantes y de sus hombres de letras, expresan su deseo de ver a Puerto Rico nación soberana. Hay la influencia que ejerce Rusia señalando, por los motivos que sea, los errores de la administración «americana» y asegurando que esto es una colonia, y hay el fenómeno cubano producido por Fidel Castro, que ha podido poner fin en su país a la intervención «americana», fenómeno que, por un lado, asusta a algunos y les induce hacia una asociación cada día más estrecha con los EE. UU., mientras que en otros intensifica el fervor separatista convencidos ahora de que puede tener éxito. Los que, de estos últimos, van tan lejos que asocian la lucha separatista con el comunismo ruso, cometen grave error político, pues el comunismo ruso sólo despierta en Puerto Rico hostilidad y temor.

Insisten los independentistas que están fuera del Partido Popular que Puerto Rico es una colonia y que el E. L. A. es un fraude (ni Estado, ni libre, ni asociado, sino mera colonia). Dicen que, en realidad, sobre esto no se ha votado libremente, que, por tanto, el E. L. A. no ha sido sancionado por los puertorriqueños; pero cuando se les anuncia un plebiscito o referéndum para aclarar la situación, declaran que sería también una farsa y que no concurrirían a las urnas. Alegan que el E. L. A., por más que se le perfeccione, no puede ser una solución, no puede ser un fin, y hasta llaman algunos a los estadistas para que los ayuden a derrotar a Luis Muñoz Marín, actitud ésta que se parece a la del que se suicida por tener miedo a la muerte, pues se

arriesgan a dar el poder precisamente a los enemigos a muerte de la independencia, actitud esta irracional, lírica, romántica, actitud del hombre que ve visiones, pero que no tiene visión, actitud que es, pues, antipolítica.

Con el mejor trato por parte de los EE. UU., con lo que se ha ganado en dignidad y en bienestar material, hay hoy en Puerto Rico menos antiamericanismo estridente, más coamericanismo. (como lo llamara al proponerlo el doctor Salazar), y, en proporción, más proamericanismo. Esto interpretan los independentistas como pérdida para su ideal, como prueba de que el país se hunde cada día más en la asimilación. No comprenden que la cosa no es tan sencilla, que junto con el proamericanismo ha ido aumentando también el puertorriqueño, el sentimiento de pueblo, por efecto de que va el pueblo comprendiendo a los EE. UU. en sus virtudes y en sus defectos, sin odiarlos, pero sin creerlos ningunos ángeles, va adoptando una actitud más razonada, sin que por ello haya de debilitarse el sentimiento patrio. En realidad, éste se va fortificando en las nuevas generaciones que ya tienen bandera e himno.

En mi opinión, hay hoy más proamericanismo que antes, pero proamericanismo de mejor ley, fundado, no en actitudes abyectas de incondicional entrega, sino en mejores relaciones, en mejor trato, en condiciones de mayor dignidad, y junto con él, un puertorriqueñismo más general, más intenso y, por lo mismo, más firme.

Pero no por ello, como ya dije, es menos intransigente la actitud de los grupos independentistas militantes, para los cuales somos hoy tan colonia como antes. Lo interesante del caso es que lo mismo dicen hoy los estadistas: que somos colonia. Para ellos es colonia o condición igualmente despreciable, incluyendo la independencia, cualquiera que no sea la estadidad federal, la fusión definitiva.

6. SOBRE SI PUERTO RICO ES O HA SIDO COLONIA.

En realidad, esto de ser colonia es cosa muy relativa. Cuando se habla de colonia en su peor sentido se quiere decir, seguramente, el tipo de *plantation colony* europeo (no español), tal como lo vimos en las islas no españolas del Caribe. Con España nunca fuimos colonia de ese tipo: se puede decir que, en realidad, no lo éramos de ninguna clase, aunque se hable de aquel período como colonial. Puerto Rico era, de verdad, parte de España (y no posesión adqui-

rida de ella): España nos descubrió, nos colonizó con sus hijos, de quienes descendemos. Eramos una parte de España sujeta a condiciones especiales, por nuestra condición geográfica que nos exponía a toda clase de peligros, uno de ellos, precisamente, la anexión a los EE. UU. (de ello me ocupo en mi *Historia de nuestras calamidades*, todavía inédita), que obligaba a los gobernadores a una vigilancia extrema. Tan difícil era la situación para ellos y tales los peligros para nosotros que bastante bien lo hicieron todos, hasta los más ineficientes, y si no evitaron nuestra caída fue nuestra misma culpa al no evitar peligrosas relaciones con los revolucionarios cubanos de Nueva York, con los elementos revolucionarios en la misma Cuba, al ofuscarnos en nuestra lucha con los conservadores, al no saber usar los instrumentos que ponía en nuestras manos el Gobierno metropolitico, al creer la lucha contra ellos una lucha contra España, al no saber desembarazarnos de Labra a tiempo. Ellos eran militares, encargados primero que nada de defender estas costas, de mantener la soberanía de España. No eran políticos y muy poco los ayudábamos unos naturales que confundíamos la política con la lírica. Criticamos hoy en aquellos hombres actos que, multiplicados cien veces, han cometido gobernadores «americanos» desempeñándose en muchas mejores condiciones. Todas las prisiones políticas de aquel siglo no llegan ni a una pequeña parte de las que en éste hemos tenido. Y en cuatro siglos de existencia no tuvimos nunca una ejecución política. Algún día se escribirá la defensa (fiscalización la ha habido demás) de los gobernadores y capitanes generales. Y no de ellos sólo, pues, en realidad, no conocemos los puertorriqueños nuestro propio siglo XIX (aunque lo tenemos por el de oro), del cual hablamos a base de clisés y *slogans* mal intencionados, que todavía empleamos para atacar a la Madre Patria, haciéndole el juego al mismo régimen y a los mismos anexionistas.

Pero volviendo a la cuestión de la colonia, es preciso aclarar que en estos momentos la población en general no se considera colonia en tanto no siente la humillación que tal condición implica, y que es seguro que ha habido un proceso de descolonización desde el 1917. En última instancia, porque estas cosas sólo tienen valor dentro de un contexto y no en abstracto y sin conexión con algún pueblo de carne y hueso, de haber colonia, la que hay es de un grado menor. Lo que sí hay—cosa evidente que nadie discute—es que ni tenemos aún soberanía ni tenemos todas las libertades, fuera de ella, que deseamos.

Pero volviendo a la cuestión de la colonia, recordemos que el sentido peyorativo de ese vocablo, lo mismo que el del vocablo coloniaje, se le dio

en el siglo XIX, cuando, por razones que no vienen aquí al caso, y como con secuencia del apasionamiento de la lucha secesionaria y de la propaganda liberal, se habló por primera vez de «período colonial» y de coloniaje. Aun así esta última palabra no tiene sentido peyorativo en la definición que de ella da la Academia, «nombre que algunas repúblicas dan al período histórico en que forman parte de la nación española» o, según otro Diccionario, «Sistema de Gobierno que estableció España en sus colonias de América».

Pero junto con el liberalismo del siglo pasado, que empezó a darle una calidad peyorativa a la palabra coloniaje, apareció el colonialismo propio de la época y de la primera mitad de este siglo. Europa ocupó a Africa y a parte de Asia y se dio a explotarlas sin misericordia. Llevó a cada una la administración necesaria, incluyendo las fuerzas armadas, para imponerse y para evitar el ataque de otras potencias, y para asegurar la paz y obligar a los nativos al trabajo. En ningún momento los nacionales europeos se mezclaron con la población indígena; nunca pensaron tampoco en quedarse a vivir en las colonias. Era todo cosa de sacarle el jugo a los nativos.

Era lo mismo que habían hecho esas mismas naciones en América, pero no a base de los nativos, a los cuales exterminaron, sino a base de los negros. El resultado lo tenemos a la vista; en esas colonias no quedó un solo indio, y casi ni un solo blanco; quedaron exprimidas y completamente africanizadas: Jamaica, Trinidad, Santa Cruz, Haití, Guadalupe, Martinica, etc.

Tal cosa no la hizo nunca España; eso no se vio nunca en las tierras de España, que fueron siempre extensiones de España, reinos o provincias o señoríos españoles. El resultado está a la vista: donde había indios, ahí están los indios mezclados con los españoles; donde hubo negros, ahí están los negros en minoría y mezclados también con los españoles: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo.

Luego el coloniaje y el colonialismo de tipo *plantation colony* que practicaron las naciones europeas menos la española en el siglo pasado en Africa y antes y durante el siglo pasado en América, y que es seguramente el que se usa hoy en término peyorativo, eso no existió nunca en la América española.

No existió tampoco así en las trece colonias inglesas del Norte, pero aún en ellas se practicó un discrimen y una explotación que no se vio nunca en las tierras españolas de América: al indio se le segregó desde el principio, se le despojó y se le empujó hasta encerrarlo en *reservations*. Como lo vemos aún

hoy, al negro se le segregó, como lo está, con lo cual vemos que los norteamericanos en eso han hecho lo mismo que Inglaterra.

Pero lo importante es que en Puerto Rico no existió clase de colonia en tiempos de España. Era colonia, y así se la llamaba a veces, en el sentido de que era un grupo de españoles establecidos en ultramar. Y conste que eso es todavía lo que somos, con lo cual quiero decir que los puertorriqueños de hoy son los hijos de los españoles colonizadores y no de los indios, son los conquistadores, y que no hay entonces razón para el indigenismo antiespañol que predicán los mismos que están empeñados en que fuimos y somos colonia.

Cuando Ricardo Levene, en el libro de ese título, dice que *Las Indias no eran colonias* (Buenos Aires, 1951; 165 p.), tiene toda la razón, si entendemos bien lo que se quiere decir. Y Puerto Rico lo fue menos. Porque Puerto Rico es todavía el país más español de América y fue siempre el preferido de la metrópoli desde los primeros tiempos.

Ahora bien, unos españoles, nosotros mismos, poblamos este territorio y fundamos aquí una nueva provincia de España, sujeta a la corona española. No fuimos conquistados por España, sino que nosotros mismos, españoles, conquistamos la isla. No fuimos los conquistados por España, sino los conquistadores.

Otra cosa sucedió cuando vinieron los americanos: éstos conquistaron la isla, el territorio y también a su gente. En este caso fuimos los conquistados. Fuimos colonia; fuimos colonia de la peor clase, cuando anduvimos bajo la férula de gobernadores militares, sin voz ni voto en nuestros asuntos. Epoca trágica aquella.

En 1900 vino la Ley Foraker, o sea una ley especial, librándonos del Gobierno militar y dándonos un Gobierno civil. La cosa mejoraba algo, pero seguíamos siendo colonia de malísima especie, pues no teníamos prácticamente ninguna ingerencia en nuestros propios asuntos. La Cámara de Delegados que elegíamos cada dos años era, en realidad, sólo una voz, pues sus acuerdos estaban sujetos a la aprobación de un Consejo Ejecutivo de nombramiento presidencial, seis de cuyos miembros eran por ley «americanos». Éramos, en realidad, una colonia de la peor clase, y le cupo otra vez a Luis Muñoz Rivera la gloria de librarnos de ella, poniendo en su lugar un régimen de Gobierno propio.

Que tanto con este Gobierno militar como bajo la Ley Foraker fuéramos una colonia de verdad, que se tratara de imponernos el yugo del idioma inglés

y otras cosas malísimas, no quiere decir que no progresáramos, que no tuviéramos bastante libertad personal, que no continuáramos aprendiendo a goberarnos.

Porque viene aquí a cuento que no todo es siempre malo en una colonia. Casi todos los países del mundo han sido colonias alguna vez en su historia. Como colonias, es que han aprendido a manejar sus propios asuntos; como colonias es que han podido tomar el primer impulso en la vía del progreso y el bienestar.

En una reunión de representantes de países africanos, le decía el de Liberia al de otro que estaba mucho más adelantado: «Pero ustedes han tenido la suerte de haber sido colonia.» Liberia, libre, no había tenido la ayuda de maestros de la Metrópoli; ni la ayuda económica, ni las obras de saneamiento, ingeniería, educación, organización, que por necesidad hace en una colonia el poder metropolitico.

Es claro que nuestra civilización es viejísima, y no se puede comparar a ella la época de un país africano de estado salvaje. Pero lo importante es que no es tan grave el haber sido colonia, y que debemos los puertorriqueños desechiar ese complejo de inferioridad. Fuimos colonia de mala clase desde el 1898 hasta el 1917, pero nos libró de ello Luis Muñoz Rivera, y desde entonces venimos adelantando en todos los órdenes, incluyendo el orden político.

Ahora bien, con España no habíamos sido nunca colonia en el sentido malo pero teníamos graves problemas debido a que no sabíamos desenvolvernos y la mala influencia, de 1890 al 1898, de Labra. Al resolver Luis Muñoz Rivera estos problemas, pasamos a una condición política todavía mejor con la autonomía. Ninguna región autónoma se llama colonia. No es colonia ni Canadá, ni Australia, ni Nueva Zelanda...

Con los Estados Unidos, al empezar a regir la Ley Foraker, entrábamos prácticamente en la autonomía y dejábamos de ser colonia, en el sentido malo. Pero no era amplia la medida de Gobierno propio y había graves problemas y malos entendidos. Nos sentíamos los puertorriqueños mal, maltratados y humillados encima de pobres.

Ha venido el Estado Libre Asociado: nos gobernamos en lo interior casi completamente. Somos autónomos. No somos colonia, si acaso lo éramos desde 1917. Y lo que es más importante, la mayoría de los puertorriqueños, no se sienten colonia, ni parece que los americanos nos quieran como colonia (en el

sentido malo), no hay intención suya de humillarnos, ni nos sentimos nosotros humillados. Luego no hay colonia.

Es verdad que no somos completamente libres, independientes—y no lo somos porque no lo hemos exigido por mayoría—, pero menos libres son los Estados de la Unión y no son colonia. Aquí rige la ley federal, pero rige de igual modo en los Estados federados de la Unión, y no son colonia. El hecho de que existe una autoridad federal no significa que haya colonia. El hecho de que no seamos independientes no quiere decir que seamos una colonia, en el sentido peyorativo.

Porque lo que se insinúa cuando se dice que Puerto Rico siempre ha sido una colonia es que lo hemos sido no en el sentido del Diccionario, sino en el sentido de lo que en inglés se llama un *plantation colony*, como han tenido los europeos en Asia y como tuvieron los europeos—menos los españoles—en América, el tipo inferiorísimo de colonia que se explota como una hacienda para beneficio exclusivo de un país, de una compañía, de un grupo de hombres, en que los nativos son los que trabajan, en que el terreno es explotado hasta lo último para beneficio del de fuera, en que los beneficios no son del que trabaja ni del nativo.

Así, pues, podemos estar tranquilos. No hemos sido nunca colonia en ese sentido de la colonia de tipo inferior, tipo *plantation colony*. Prácticamente, en tiempos de España, no fuimos nunca colonia. Sólo nos acercamos, pero sólo en cuanto a que no teníamos en nuestro Gobierno la injerencia a que teníamos derecho, en los años de 1898 a 1917. Y esto duró poco y no estuvo desprovisto de beneficios.

Hoy somos una región autónoma, hoy nos gobernamos a nosotros mismos en lo local. Hoy nuestra bandera flota al lado de la «americana» y se le rinden los mismos honores que a ella. Que la querramos sola y no en compañía de la «americana» no quiere decir que seamos colonia. Colonia es una palabra; no nos asusten las palabras. No nos dejemos engañar por las palabras. Vamos a desechar un complejo de inferioridad que nos agobia. Si no podemos ser águilas, ni leones, nada nos impide ser aunque sea pitirres.

Nosotros todavía somos dependientes, como lo fuimos siempre, pero no nos vamos a morir por eso. Si fueran a considerarse colonias y a sentirse humillados todos los países dependientes, pocos países quedarían realmente libres. Nosotros tenemos una vieja civilización, poseemos una gran lengua, tenemos aptitud e inteligencia. Vamos a seguir mejorando nuestra situación, incluyendo la política; tratemos de mantener nuestra personalidad y de ser

cada día más dueños de lo nuestro. Miremos siempre hacia adelante, buscando el progreso, pero sin olvidar nuestro pasado, que es el que nos da madera, la fibra, la fuerza para ser algo por nuestra propia cuenta.

Como ya hemos apuntado antes, una derivación de este sentimiento de que somos colonia, sentimiento que tienen hasta algunos autonomistas estadolibristas, electores del Partido Popular, y que es uno de los caballos de batalla de los partidos de la oposición, tanto del anexionista como del separatista, es que tienden unos y otros—y con ello no hay duda que se ayudan grupos de ideas supuestamente irreconciliables—a considerar como iguales condiciones, por no ser coloniales, la estadidad (fusión) y la independencia. Con esto no hay duda posible que quienes se benefician son los anexionistas, que quienes pierden terreno y razón son los separatistas, pues tienden a dar razón al que—interesadamente—declara que antes que colonia mejor es ser Estado federado. El independentista que tal dice se expone a verse un día Estado, con las puertas cerradas definitivamente para la soberanía—como aquel que se suicida por miedo a la muerte, por evitar la posibilidad de morir—, está sacándole las castañas del fuego a sus verdaderos adversarios.

Tan grave error sólo puede producirlo una verdadera ofuscación. Para el que realmente quiere conservar la personalidad puertorriqueña y, más tarde o más temprano conseguir la completa soberanía (independencia), aun la colonia, y aun mucho peor que ésta (si se puede decir que lo sea), siquiera deja las puertas abiertas; con la colonia hay siquiera esperanza, a menos que no se decreta que tal condición es de por sí incurable, mientras que la estadidad es la muerte definitiva de tales esperanzas. No hay, no puede haber comparación. La estadidad es la fusión definitiva con los EE. UU., la disolución dentro de ellos, la dependencia para siempre.

Y la autonomía dentro del E. L. A., aun tachándola de parcialmente colonial, no hay duda que deja las puertas abiertas, puesto que no las cierra, para mayores libertades, incluso la libertad final, definitiva, suprema.

La actitud de estadistas e independentistas, y aun de algunos estadolibristas, que consideran que aún hay colonia, y que el E. L. A. no es una solución, se debe en parte a la fuerza de la costumbre, según la cual los dos *status* únicos y aceptables, por ser contrarios y definitivos, son la estadidad (fusión) y la independencia (separación). Y al así pensar (sentir, mejor dicho), en realidad se unen contra el E. L. A., como ya dijimos, y quienes se benefician de la confusión son los anexionistas y los que se perjudican los independentistas y autonomistas.

Hay aquí un grave error de dialéctica: confunden estos últimos el desco con la realidad. Tal parece que más que una buena solución que esté de acuerdo con sus íntimos sentimientos regionalistas, lo que quieren es simplemente una solución—cualquiera—inmediata.

Dicen continuamente—esto no puede seguir así, hay que hacer algo—. Si se les pregunta qué se debe hacer, qué proponen, no saben (en su fuero interno, piensan en seguida en Luis Muñoz Marín para resolver el problema o sueñan con un nuevo gran líder que lo resuelva a su gusto).

Si se les dice que lo que hay que hacer por ahora es sencillamente lo que se está haciendo: mantener la autonomía y mejorarla, saber esperar, pero no pasivamente, sino con esperanza siempre, con confianza propia, no están conformes. Tal parece que lo importante es hacer cualquier cosa, aunque sea contraproducente. Me recuerdan esas enfermedades que no matan y a veces ni siquiera acortan la vida, pero para las cuales no tiene remedio seguro todavía la Medicina; el paciente no acepta la opinión del experto que es el médico, no se resigna a esperar que aparezca (como puede muy bien aparecer) un nuevo remedio curativo eficaz, no acepta adaptarse a su enfermedad sin dejar de vivir en la misma actividad útil que de costumbre, y prefiere ensayar el primer método que le proponga un curandero.

Creo que en esto tienen razón los líderes estadolibristas, que dicen que no hay por qué sujetarse, al menos por ahora, a estrictamente las dos mismas soluciones que siempre se han propuesto. Creo como ellos que hay que encararse a nuestros problemas con más serenidad, más espíritu crítico, con métodos más objetivos, sin que por eso perdamos ideales y sentimientos. Creo que hay que saber esperar y que hay que disponerse a trabajar, a trabajar todos, y no estar siempre pendientes de que nos caiga del cielo un líder extraordinario que todo lo resuelva.

7. PUERTO RICO ANTE LOS OJOS DE HISPANOAMÉRICA.

Aun sin salir de Puerto Rico, sabe uno que este país presenta a los ojos de Hispanoamérica imágenes contradictorias. Los que de allá nos visitan, unas veces esperan encontrar aquí un país completamente asimilado por los EE. UU. que sólo habla inglés y que no recuerda ya sus antiguas costumbres españolas, y otras, una nación en perpetua agitación nacionalista, antinorteamericana

hasta el tuétano de los huesos. Y siempre quedan defraudados, pues no encuentran aquí ni una cosa ni la otra.

Tal equivocación se debe, naturalmente, a que sólo conocen la realidad puertorriqueña a través de información interesada, o por impresiones y deducciones erróneas fundadas en antiguas opiniones. Lo mismo sucede con el norteamericano: llega aquí con la certeza de que el pueblo puertorriqueño, casi por unanimidad, aspira a ser un Estado de la unión norteamericana, y encuentra que ese pueblo vota consistentemente contra la estadidad.

En uno y otro caso, el del hispano y el del norteamericano, el cuadro que presenta Puerto Rico—cuadro de regionalismo y de proamericanismo, de conservación del idioma y de aprendizaje del inglés—es causa de perplejidad, cosa que no debe extrañarnos si pensamos que el mismo puertorriqueño—y por las mismas causas—le da trabajo explicárselo a sí mismo.

Aquí, la costumbre de pensar con *slogans*, clisés y frases hechas, mayormente tomadas del siglo pasado, la poca tendencia a profundizar y la mucha a pensar superficialmente, la tentación de lo fácil, son causa de que el pueblo sepa muy poco de sus propios asuntos. Esto no quiere decir que no haya sabido resolver sus problemas o que no acierte a encontrar su camino—que no sepa votar, como se dice, por ejemplo—, sino que no sabe explicar lo que por instinto tan acertadamente hace. Actuamos por instinto, por un hasta ahora certero instinto, pero no tenemos conocimiento intelectual de nuestros problemas. En cuanto entramos a discutirlo, caemos en seguida en la discusión partidista o en la repetición de frases hechas.

Sea de ello lo que fuere, es el caso que los puertorriqueños, como grupo, ni son profundamente americanos ni profundamente antiamericanos; son profundamente puertorriqueños, pero sin estridencias; conservan su idioma, pero aprenden el inglés. En realidad, responden los puertorriqueños a dos imperativos: el de mantenerse puertorriqueños y el de conservar el acceso al mercado norteamericano para no perder el bienestar material que ello nos asegura, dos cosas que constituyen, como ya se dijo, los fundamentos básicos de la política puertorriqueña.

Conservan su idioma y lo cultivan: se enseña en español en las escuelas y se produce una abundante literatura española—cuento, novela, teatro, poesía—, pero aprenden inglés porque les conviene; por eso se enseña inglés, mucho inglés, en las escuelas.

Conservan sus costumbres hasta cuando llevan muchos años viviendo en los EE. UU. Allí, en Nueva York, están las autoridades poniendo signos en

español a las calles. Conservan su cocina típica: hay canciones puertorriqueñas (en español, naturalmente) en que se mencionan prácticamente todos nuestros platos típicos. Las hay también en que se detallan por su nombre todos nuestros pueblos. Las hay—más aún—donde se alude a la unión, a la fraternidad que existe entre todos nosotros, a la ausencia de prejuicio racial. Como se verá por mi *Diccionario de temas regionalistas en la poesía puertorriqueña* (1961), nuestra poesía es altamente regionalista y aún patriótica. No hay cosa nuestra que en ella no se haya celebrado.

Pero al mismo tiempo, el país, en su mayoría, es proamericano. En otra época había en Puerto Rico mucho antiamericanismo, producido por el estado de colonia de mala clase en que se nos tenía, por los desplantes de malos gobernadores americanos aquí y de indiscretos políticos americanos en el continente, por la miseria y el hambre, y al otro lado, existía también un sector tan proamericano que resultaba absurdo y despreciable—el poeta Lloréns Torres le puso el nombre de pitianqui—.

Hoy hay menos pitianquismo, al mismo tiempo que menos antiamericanismo; hoy hay más, mucho más proamericanismo de buena ley, esto es, justificado por el buen trato y las mejores condiciones económicas, y sin servilismos indignos. Y aquí viene la paradoja: hoy, que hay más proamericanismo, hoy hay más que nunca puertorriqueñismo, un puertorriqueñismo menos estridente y más callado, pero, por ello mismo, más firme, más estable y más generalizado; en realidad, quizá prácticamente unánime.

Cuando en otra época—del 32 al 40, principalmente—maltrataba a uno la policía por desplegar una bandera puertorriqueña, hoy esa bandera flota orgullosa al lado de la de los EE. UU.; cuando en otra época—antes del 40—muchos de nosotros nos repugnaba saludar el himno de los EE. UU., hoy, porque se toca también el nuestro, lo hacemos sin disgusto.

Con más gusto lo haría la mayoría si las circunstancias nos permitieran saludar al nuestro sólo y si flotara en nuestra fortaleza la bandera nuestra «Ella sola» (palabras de un poeta), pero no existiendo esas circunstancias, nos adaptamos a la realidad.

De tal modo es verdad lo que vengo diciendo que en los últimos años la política de un país profundamente regionalista, de un país que con condiciones económicas propias favorables creo que sería en su inmensa mayoría separatista, ha consistido principalmente el evitar una soberanía que se nos ha querido imponer como un castigo, con el mal deseo de que con ella suframos las consecuencias de nuestra pequeñez y pobreza; otra paradoja que no pueden

comprender nuestros hermanos, para quienes, de acuerdo con su antiguo lirismo, pero lirismo acompañado de grandes extensiones territoriales y de suelos y subsuelos ricos, uno debe querer ser libre de por sí, aunque sea para morir, aunque sea para no tener dignidad.

Dijo Luis Muñoz Rivera, hombre que todo lo vio, a quien no escapaba nada, que Puerto Rico sería «americano» de una sola manera: por el agradecimiento y nunca por la fuerza.

Y ese es el proamericanismo que hoy tenemos en Puerto Rico: el justificado por el buen trato, por la palabra cortés, por la concesión de libertades, el respeto a nuestro idioma, costumbres y bandera, proamericanismo que, dentro de tal contexto, no significa menos puertorriqueñismo, sino más.

3. CUADRO FINAL: PRONÓSTICOS Y REFLEXIONES.

Ya discutido, aunque de manera tan esquemática y sucinta, el problema de Puerto Rico, sus orígenes y su desarrollo, ya estudiados el progreso y la situación del país y las vicisitudes de lo que he llamado su política exterior, de la cual tanto depende su política de lo anterior, y aprobada ya una ley de plebiscito fijando la fecha de esta consulta al pueblo para mediados del año a punto de empezar, terminemos con unas reflexiones y unos pronósticos.

Repasemos primero, de acuerdo con lo expuesto en las páginas anteriores, las distintas ideologías políticas de los puertorriqueños, las cuales, por ser mucho más numerosas que los partidos organizados, tienen todos partidarios en cada uno de ellos, situación que es la causa de la confusión y que, por tanto, dificulta grandemente el análisis:

- 1) Los independentistas puros.
- 2) Los anti-independentistas puros.
- 3) Los estadistas puros (por «mística» o por cálculo).
- 4) Los estadistas por anti-independentistas.
- 5) Los antiestadistas puros.
- 6) Los autonomistas puros.
- 7) Los autonomistas por anti-independentistas.
- 8) Los autonomistas por antiestadistas.

En cuanto al «plebiscito», se trata, en realidad, de un referéndum, de una consulta al pueblo sin ninguna clase de compromiso por parte del Congreso «americano» (como aquí llamamos a los estadounidenses). El Congreso «ame-

ricano», en tales casos, no se compromete nunca de antemano (en ese caso se podría hablar de plebiscito), cosa que no tiene mayor importancia ni para la independencia (que se puede pedir y se puede conceder o verse obligado a dar en cualquier momento), ni para la autonomía actual (E. L. A.) que ya existe, que ya está concedida o, mejor dicho, pactada. Tal compromiso tendría importancia en cuanto a dar o conceder una cosa que no está, una cosa que no se puede dar, conceder, o conferir, ni a la ligera ni por las malas, y que una vez concedida, no es reversible y cancelable: la estadidad federada.

El Congreso no se compromete, luego la consulta pierde ya gran parte de la única importancia que podría tener, que sería el determinar, con miras a facilitarle el camino, si hay en Puerto Rico una mayoría favorable a la estadidad federada (fusión definitiva, irrevocable, con los EE. UU.). El líder del Partido Independentista Puertorriqueño (P. I. P.), doctor Concepción de Gracia, ya ha calificado el tal «plebiscito», de «concurso de simpatía a la cañona».

Ya entre 1932 y 1940, estando en el poder la Coalición de los Partidos Republicano y Socialista, ambos con la estadidad en su programa, pedía el tal plebiscito al Partido Liberal, desde la oposición, y se negaban ellos (seguros de que perdían), alegando el licenciado Bolívar Pagán, Presidente del Partido Socialista, que no se trataba de un verdadero plebiscito, en que de antemano se hubiese comprometido al Congreso a conceder lo que decidieran nuestros electores y que, por tanto, no valía la pena molestarse.

Ya han declarado los distintos grupos independentistas que no acudirán a las urnas: alegan que es una farsa colonial, que ya se sabe el resultado de antemano, que es una treta o engaño de Luis Muñoz Marín, y así por el estilo. El M. P. I. (Movimiento Pro Independencia) añade que el problema político de Puerto Rico no ha de decidirse aquí, sino en las Naciones Unidas.

Ya he tratado de explicar los sentimientos que mueven a estos grupos, pero añadiré algo. En primer lugar, creo un error no concurrir (a menos que no sea que estén seguros de salir muy mal y prefieran que no se sepa cuán pocos seguidores tienen), pues creo que conviene que se sepa que, pocos o muchos (y creo que son más que bastantes para detener la estadidad), hay separatistas en Puerto Rico, máxime cuando un voto suyo tiene mucha más fuerza antiestadista que uno por la autonomía, siendo este referéndum mayormente eso, una consulta en cuanto al número de estadistas y antiestadistas. Al no concurrir a las urnas habrá quien crea y alegue que son demasiado pocos

los separatistas, y no creo que la duda y la confusión consiguientes ayuden en nada su gestión.

En segundo lugar, no creo que convenga a esa gestión ni que sea lógico en una democracia el supeditar el sentir de un pueblo expresado en los comicios a la voluntad de un organismo internacional. Entiéndase bien que no critico el hacer gestiones cerca de las Naciones Unidas, sino el poner en sus manos una decisión que primero que a nadie toca al mismo pueblo puertorriqueño. Hay que recordar que por encima de lo que ellas decidan podría pronunciarse este pueblo, y que en tal caso, tendrían ellas obligatoriamente que ceder ante esa voluntad, con lo cual otra vez quedaría malparada la gestión independentista. Creo yo que hay que demostrar primero—cosa fácil, precisamente, mediante este referéndum—que hay aquí voluntad separatista, máxime cuando no es tanto el separatismo que se necesita para detener la estadidad. Esa es la gran diferencia entre esta última solución y la independencia: que ésta no requiere tantos seguidores y hasta nos puede ser conferida en contra de nuestro gusto, mientras que la segunda requiere o unanimidad (esto es, la previa completa asimilación o «americanización») o, al menos, que no haya separatismo, y ni se la podemos imponer nosotros al Congreso ni el Congreso a nosotros, cosa esta última que de suceder podría acarrearles un grave problema a los EE. UU.

Si concurrieran los grupos independentistas a las urnas, nadie sabe cuántos electores del Partido Popular, y hasta del mismo Partido Estadista, se unirían a ellos. Al no concurrir, no sólo votarán por el E. L. A. los electores independentistas del Partido Popular, sino muchos separatistas dispersos, miembros de todos los grupos, por no debilitar la autonomía como dique poderoso contra la estadidad, y si bien ésta quedará de todos modos mal parada, no se tendrá una idea clara de qué parte del sentimiento antiestadista llega hasta el separatismo, y la duda sólo perjudicará a este último y no a estadistas y a autonomistas.

Alegan los separatistas que el referéndum no será una votación verdaderamente libre mientras ejerzan aquí los EE. UU. la soberanía; para que fuera libre habría que suspender esa autoridad. Pero tales cosas no son posibles: si los EE. UU. declaran libre a Puerto Rico por el tiempo que duren las elecciones, eso no cambia nada, en tanto queden aquí sus intereses, sus empleados, sus soldados y marinos. Y de retirar bandera, soldados y marinos—que es lo que se podía retirar antes de la independencia—, eso poca cosa cambiaría, si se quedaban dinero, empleados, etc. De modo que el referéndum, de tener

lugar, ha de ser en las condiciones presentes, y dentro de ellas, no existiendo el fraude, no veo por qué cada uno no pueda expresar libremente su preferencia ni qué daño pueda hacerle a la gestión independentista el que aparezcan muchos votos separatistas.

En el Partido Estadista no hay seguridad aún en cuanto a si acude o no a las urnas como colectividad—hay distintos bandos y distintas opiniones—, y ello mismo demuestra debilidad y temor a quedar malparado. Como ellos mismos lo dicen y como le parece a todo el mundo, si va a las urnas, siempre perderá con el E. L. A. por grandes mayorías, no tanto y no sólo porque el Partido Popular, sólido bajo el liderato de Luis Muñoz Marín, sea una máquina poderosa, sino porque, como se ha visto ya en páginas anteriores, todo concurre a su favor y, principalmente, la voluntad ya declarada del país en favor de la autonomía y, específicamente, en contra de la fusión. Si no va, el resultado será peor y no podrá alegar que sean suyos los electores que no concurren: por la misma naturaleza de las cosas, eso sólo lo podrá alegar el partido de la mayoría, pues elector que no se exprese en contra del E. L. A. podrá muy bien suponerse que si no la acepta decididamente, por lo menos la tolera: quien calla otorga. Esto es así porque la oposición es contra el E. L. A., específicamente contra el E. L. A., ya que los líderes de ambos partidos de la oposición se llaman mutuamente para combatirla y emplean los mismos argumentos: que es un engaño, que no se ha votado nunca específicamente por él, que no es un *status*, que la votación debe ser exclusivamente entre estadidad e independencia. Si la oposición, pues, es contra el E. L. A. y lleva pocos votos, es lógico suponer que los que no votaron aprueban el estado actual. Yo creo que en eso hay mucha «política» (o sea que no se están diciendo las verdaderas razones) y que si se les ofreciera la votación, como dicen que la quieren, sólo entre estadidad e independencia, también la rechazaría el grupo separatista, porque podría muy bien sacar muchos menos votos de los que se supone, y el otro porque, aun con mayoría, no aparecería con suficiente fuerza para que se hablara en serio de estadidad.

Es claro que tal votación—entre estadidad e independencia exclusivamente—no es hoy posible, pues sería privar a los electores de la solución, definitiva o no, provisional o no, que hasta este momento parece tener la mayor fuerza de todas, y que mejor cuadra, por ahora, al menos, a los intereses de los mismos «americanos», solución que es la más fácil, porque es la que está, la probada, la que mejor resultado les ha dado y menos en evidencia les pone a los ojos del mundo. Sería también un ir abiertamente contra el partido que

tiene una abrumadora mayoría en el electorado, contra la voluntad—hasta hoy la única bastante claramente expresada—de los puertorriqueños. La oposición dice que se opone a ella, y es natural: es el único verdadero adversario que tienen.

Pero aún admitiendo que, contrario a la ley acabada de aprobar, tuviera lugar el referéndum con la exclusión de la fórmula E. L. A., no podrían estar seguros los estadistas de ganarlo. En tal situación, o se abstendrían los populares de concurrir o votarían contra la estadidad. En el primer caso, la escasa votación no tendría gran valor, no probaría nada, y los votos no emitidos se supondrían contra la estadidad, y ésta aparecería con muy poca fuerza. En el segundo, sería la cosa peor, pues perderían hasta contra el separatismo, aparecerían muchos más votos separatistas, y ya dijimos que uno de ello tiene mucho más valor antiestadista que dos autonomistas.

Con lo dicho quedan ya hechos mis propósitos en cuanto al resultado del «plebiscito». Por si fuera poco, leo en *El Mundo* (periódico estadista) los titulares: «Creen Plebiscito Dividirá el P. E. R.» (Partido Estadista Republicano), «Temen Boicot P. E. R. Afecte Lucha por Estadidad», debajo de los cuales, desde Washington, P. U. I. explica que «No hay razón por la cual la estadidad tenga que ser considerada en el Congreso. En Puerto Rico no parece haber un deseo abrumador a favor de la estadidad», «el proyecto de estadidad murió en el Congreso sin siquiera someterlo», añadiendo que la Comisión del *Status* (nombrado por el Presidente y con mayoría continental) «arrojó poca o ninguna luz sobre la situación», «rehusó adoptar posiciones en lo tocante a la Independencia, el E. A. L., o la Estadidad». Era natural: no podía la tal Comisión ignorar los problemas que hay, la diferencia de opinión que hay ni los hechos fundamentales de nuestra política que en estos párrafos he dicho; tampoco podía ni favorecer, ni proponer una de las tres fórmulas, ni eliminar la autonómica (E. L. A.), como lo quieren las minorías, todas juntas, menos que la mayoría sólo podía—que fue lo que hizo—pintar un cuadro de la situación.

Y como ya dijimos, este referéndum es fundamentalmente uno entre la estadidad y la antiestadidad o antiestadismo (neologismo puertorriqueño), y a base de lo ya expresado por los electores y de los hechos fundamentales de la situación, la evidencia actual favorece claramente la segunda, no podía ocultarlo la Comisión, y así casi demostraba en la práctica que no hace falta tal «plebiscito», que, en realidad, se sabe de antemano el resultado; que, en realidad, la no estadidad se impone desde todos los puntos de vista. Sin embargo, tampoco podía la Comisión declararse abiertamente contra la estadidad,

pues aparte de ser la solución propuesta por el partido más fuerte de la oposición, es la que halaga (aunque no les convenga) los oídos de los electores continentales.

A última hora, el distinguido líder estadista, licenciado Santos P. Amadeo, ha impugnado ante las Cortes (de justicia) la ley del plebiscito. Sin entrar en sus alegaciones, materia para esas Cortes de justicia, ni pronosticar la suerte que en ellas corra la impugnación, consistente con lo dicho en las páginas anteriores, aseguro que, al no traer ningún cambio en los factores fundamentales de nuestra política, la impugnación, victoriosa o no, nada cambiará en cuanto al *statu* presente: si no tuviera lugar por ahora el referéndum, con mayor razón se quedaba el E. L. A.

La estadidad en sí, «hasta donde puede alcanzar la vida y visión de esta generación», la veo, pues, muy lejana, si acaso posible, por la razones ya dichas y porque, con más educación y más gobierno propio; mas se afirma en nosotros la propia personalidad, la costumbre de gobernarlos a nosotros mismos, la confianza en el porvenir, la seguridad en la propia determinación. No me parece que milite en favor de la fusión con los EE. UU. la creciente pujanza de la literatura (española) puertorriqueña: han aparecido recientemente grandes antologías de la poesía y el cuento puertorriqueños y hay ya un teatro puertorriqueño. Por otra parte, ya como *nación*, y así lo proclamamos a diario (palabra que antes apenas empleaban los grupos nacionalistas, es hoy de uso general). Con más proamericanismo de buena ley, mejor dicho, con un coamericanismo práctico, está coindidiendo un mayor (más extenso, más general) puertorriqueñismo.

Muy lejos, repito, veo la estadidad. Aparte de lo dicho en el capítulo 2 de esta segunda parte y de lo que más adelante se dirá citando a Kal Wagenheim, hay que recordar que existen aún nacionalistas amenazando con la violencia armada, que están aún en la cárcel muchos de ellos, frescos aún sus ataques a tiros al Congreso y al mismo Presidente de los EE. UU., que el M. P. I. prosigue su campaña cerca de las Naciones Unidas, que las logias masónicas independentistas siguen la suya cerca de las logias masónicas iberoamericanas, que siguen ejerciendo su influencia las repúblicas iberoamericanas y Rusia y que la sola inercia favorece el *status quo*, lo que está, lo que es conocido, aquello por lo que se ha luchado durante setenta años.

Estamos empezando la mayoría de los puertorriqueños a pensar con firmeza como tales: en otras palabras, aunque sea cada día mayor el número de los que sabemos tragarnos la amarga píldora del turismo, de la industrialización,

de la dependencia, es cada día también mayor la determinación de perseverar, de mantenerse, de «descolonizarse».

Sabemos lo mucho que se ha ganado: tenemos, pues, más experiencia y, por tanto, más confianza. Va decayendo el sentimiento de inferioridad según vamos conociendo las inferioridades ajenas y viviendo nuestros propios éxitos en el arte (tenemos ya grandes artistas en el extranjero), en el deporte (por demás brillamos ya, con tan poco territorio, en el campo internacional), en la política (hombres nuestros brillan y se hacen oír en el hemisferio), etc.

A propósito de estos pronósticos en cuanto a la estadidad, deseo llamar la atención hacia el artículo de Kal Wagenheim, titulado «A "Practical" Solution to Puerto Rico's Political Status Dilemma», publicado en el *San Juan Review*, en septiembre de este año de 1966, porque confirma mis argumentos y predicciones y porque mis compatriotas suelen dar mucho crédito a lo que diga alguien de afuera y, especialmente, si es «americano», aunque lo que diga sea sencilla conclusión, o sencillo hecho al cual pueda cualquiera llegar por un simple razonamiento.

Dice: «Mientras haya un movimiento independentista en Puerto Rico, las posibilidades de la estadidad parecen oscuras (cuando unos cuantos nacionalistas puertorriqueños armados tirotearon el Congreso de los EE. UU. varios años atrás, e hirieron varios legisladores, probablemente atrasaron la causa de la estadidad por varias décadas. No es inconcebible que se repita tal ataque si ardientes independentistas creyeran que la estadidad es una amenaza inminente. Aun protestas pacíficas proclamando "yanqui, vete", serían suficientes para decidir a muchos legisladores estadounidenses a no favorecer la admisión de Puerto Rico a la Unión»).

«En cuanto a la Comunidad («Commowalth»), ahora favorecida por cerca del 60 por 100 de los electores, se puede interpretar de varias maneras. Puede significar que el 60 por 100 de los puertorriqueños quieren: 1) una relación permanente con los EE. UU., o 2) que no quieren una *relación demasiado estrecha*, porque si la quisieran han pedido siempre votar por la estadidad. Por tanto, es difícil de decir, con certeza, si la comunidad es una aceptación o un cortés rechazo de una a la larga asimilación cultural y económica a los EE. UU. En realidad, parece tener algo de ambos...» Yo que soy puertorriqueño y que conozco mi país, y sobre todo a sus clases intelectuales, sé que para ellos, que están en gran mayoría en el partido de la mayoría, el E. L. A. es lo segundo, «un cortés rechazo de una a la larga asimilación cultural y económica a los EE. UU.», y sé que el pueblo, aunque no les com-

prenda bien, sigue a esas clases intelectuales, dentro de las cuales está el liderazgo del país.

El autor pasa a reconocer la política intervencionista de los EE. UU. en todas partes del mundo, alude a su gigantesca lucha contra el comunismo, y sobre todo con China y Rusia, y al peligro de verse envuelta la nación en gigantescos conflictos armados, posibilidades todas éstas aterradoras para Puerto Rico, que habría de seguir a los «americanos». Concluye el autor por preguntarse (y así hemos debido preguntárnoslo nosotros mismos desde el principio) si en realidad son los EE. UU. nuestra mejor selección para socio, si no sería mejor que nos buscáramos otro.

Por desgracia, no llegan al público en general, por estar en inglés y en una revista que sale una sola vez por semana, opiniones como ésta, con las cuales pudieran los puertorriqueños aprender a mirar objetivamente el problema, con lo cual sólo ya estarían pensando como puertorriqueños, y no como partidarios de un solo partido o como visionarios o como «americanos».

De todos modos, yo no soy (y no quiero ser) pesimista. Creo que vamos aprendiendo, y aprendiendo a esperar con calma, pero no pasivamente, sino despiertos, activamente.

No me parece, entonces, que se sostenga todavía la aserción de que «hay que salvar a Puerto Rico bajo cualquier *status*», pues Puerto Rico no es sólo un número de puertorriqueños dispersos por el mundo o diluidos en el océano humano universal; Puerto Rico es un grupo unido de puertorriqueños en su propia tierra; no se pueden salvar por separado sin dejar de ser Puerto Rico; salvar a Puerto Rico es salvar juntas las dos cosas.

Aceptar cualquier *status* no es salvarse, sino resignarse, porque no haya ya otro camino posible, es someterse al infortunio y no evitarlo. Lo que se quiere decir en realidad, lo que se está ya haciendo, es salvar a Puerto Rico desde ahora con este *status* (el E. L. A.) para poder pretender a la última liberación, es preservar el milagro de Puerto Rico que se ha ido haciendo durante cuatro siglos y medio de existencia y de lucha contra todos los imposibles.

Al esperar, pero sabiendo lo que hacemos, sabiendo lo que esperamos, debemos recordar que hay que contar con la suerte, con las incógnitas, las cuales no tienen por fuerza que ser adversas. Como dice Ross (obra cit.), con ellas se pudo hacer la industrialización que se ha hecho, mejorar lo que se ha mejorado, adquirir experiencia y confianza. Esperemos, pues, despiertos, desde una buena posición (la mejor que se pueda), la oportunidad, la ocasión que es

necesario esperar que llegue, con la cual debemos contar, aunque no llegue nunca.

Nadie puede estar seguro de la suerte que han de correr los EE. UU.: podrán ser cada día más fuertes y poderosos, podrán (en muchas, muchísimas generaciones) desembarazarse de sus luchas raciales, de sus prejuicios, de su provincialismo (Wagenheim), podrán constituir una seguridad para nosotros y hasta una garantía para todo el mundo—lo dudo—, pero podrá ser... Podrá llevarlos su política exterior a un desenlace catastrófico, o la violencia dentro de sus fronteras a graves situaciones y hasta a la guerra civil—espero que no, pero no es una imposibilidad; la bonanza y el éxito de un siglo no tienen que ser por fuerza garantía de la misma suerte o habilidad en el futuro—.

No sabemos. Pero sabemos que nos conviene no estar obligados a seguirlos en lo último, pues no podemos estar seguros de lo primero. Hay, pues, que **dejar las puertas abiertas**. Esa ha de ser la esencial de nuestra política exterior, máxime cuando se perfila en el horizonte un mundo hispanoamericano (una de las incógnitas con que hay que contar) que, siendo ya rico y extenso y donde podíamos haber y desenvolvernos perfectamente bien los puertorriqueños, puede constituir mañana un mundo poderoso por el peso que pueda tener en nuestro planeta.

Hay que pensarlo mucho antes de dar el paso definitivo de fundirse para siempre con un mundo con el cual apenas estamos empezando a entendernos (sólo desde el 1950) y que se enfrenta a problemas tan graves que pueden significar hasta su destrucción, y de abandonar para siempre un mundo del cual somos por naturaleza parte y el cual no sólo no tiene los problemas graves que tiene el otro, sino que posee las condiciones esenciales básicas para ser quizá en el futuro no sólo el más poderoso, sino hasta el mejor de los mundos. Tal es el dilema de estos hijos de Cervantes y del Quijote que viven agarrados a esta isla de 9.600 kilómetros cuadrados desde el año de 1506, más de un siglo antes de que se fundara en el Norte la primera colonia inglesa.

Como decía Luis Muñoz Rivera, hemos hoy de «luchar hasta donde alcancen nuestras fuerzas» para luego «luchar hasta donde alcance nuestra vista». Pero, como decía también Muñoz Rivera, «si nuestros románticos no despiertan, Puerto Rico no se salva». «Vivimos fuera de la realidad. Lo sacrificamos todo a un sentimiento vago, a una simpatía infantil...» Nos empeñamos «en crear situaciones imposibles..., en generar ensueños y dar forma a livianos espejismos». «Ahí vamos en perpetuo sueño cuando debíamos marchar en perpetua acción, sufriendo que el adversario que no lo sueña nos haga sin

ARANA-SOTO

cesar la ley...» «Desdichado país en que aún cuelan ciertos absurdos, si se visten con el traje del deseo o se pintan con el matiz de la ilusión».

En otras palabras, y trasladando esto a los tiempos que corren, no es con la manía estadista (fusionista) de un grupo, ni con las simpatías comunistas de otro, por suerte más reducido, ni con el lirismo indigenista de algunos, ni con el antiespañolismo o el infantil antiamericanismo de otros, ni con el antimuñocismo de todos, ni con complejos de ninguna clase, que vamos a ganar el bienestar de Puerto Rico, incluso la soberanía, sino con un conocimiento cabal de nuestro pasado, de nuestros problemas, con voluntad y con paciencia.

Y esto que digo de Puerto Rico se le puede aplicar a todo el mundo hispánico, incluyendo a la propia nación española.

DR. S. ARANA-SOTO,

De la Academia Puertorriqueña de la Historia,
De la Academia de Artes y Ciencias,
Del Instituto Puertorriqueño de Cultura Hispánica.

GLOSARIO

Americano. Así llamamos en Puerto Rico a los estadounidenses.

Anexionista. Partidario de la anexión a los EE. UU.

Antimuñocista. Opositor o enemigo de Luis Muñoz Rivera (antimuñozriverista) y / o de Luis Muñoz Marín (antimuñozmarinista).

Antimuñozmarinista. V. *Antimuñocista*.

Antimuñozriverista. V. *Antimuñocista*.

Autonomista. Defensor de la autonomía.

Estadidad. Condición de estado federado dentro de la Unión americana (EE. UU.).

Estadista. Defensor de la estadidad federada para Puerto Rico y / o miembro del Partido Estadista Republicano (P. E. R.).

E. L. A. Estado Libre Asociado de Puerto Rico.

Estado Libre Asociado (E. L. A.). Nombre que tiene la actual relación política (o *modus vivendi*) de P. R. con los EE. UU.; forma de autonomía bastante amplia.

Estadolibrista. Partidario del Estado Libre Asociado.

Fusionista. V. *Estadista*. Partido de la fusión con los EE. UU. mediante la estadidad federada.

- Independentista. Separatista. Defensor de la independencia de P. R.*
- M. P. I. V. Movimiento Pro Independencia.*
- Movimiento Pro Independencia (M. P. I.).* Grupo de independentistas, disidentes del Partido Independentista Puertorriqueño (P. I. P.), los cuales no concurren a elecciones.
- Muñocista.* Partidario de Luis Muñoz Rivera o de Luis Muñoz Marín, que votaba o que vota fundamentalmente por esa persona y no tanto por ideales o partidos. V. *Antimuñocismo.*
- Nacionalista.* Miembro del Partido Nacionalista, el cual propone la consecución de la independencia de P. R. mediante la «acción directa» (revolución, violencia).
- P. E. R. Partido Estadista Republicano.*
- P. I. P. Partido Independentista Puertorriqueño.*
- P. P. D. Partido Popular Democrático.*
- Partido Estadista Republicano.* Propulsor de la fusión con los EE. UU. mediante el estado federado dentro de la Unión. Sucesor del Partido Republicano.
- Partido Independentista Puertorriqueño (P. I. P.).*
- Partido Nacionalista Puertorriqueño.* Propulsor de la independencia de P. R. mediante la revolución («acción directa»).
- Partido Popular Democrático (P. P. D.).* El partido en el poder desde 1940, propulsor de la autonomía bajo la fórmula de Estado Libre Asociado (E. L. A.).
- Partido Republicano.* Defensor de la fusión con los EE. UU. desde 1903. Afiliado al partido del mismo nombre de los EE. UU. Su núcleo central era proamericano sin condiciones, anexionista, fusionista. Ahora se llama Partido Estadista Republicano.
- Pitiyanqui.* Así llamó el poeta Lloréns Torres al republicano (véase) incondicional de los EE. UU., que sólo veía en ellos y en la fusión con ellos virtudes y bienandanzas; en realidad, maniático de lo «americano».
- Republicano.* Miembro del antiguo Partido Republicano o del actual Partido Estadista Republicano (P. E. R.). Es algo más que estadista (véase): es pitiyanqui (véase).
- Separatista. V. Independentista.* Desca la independencia de P. R., su separación de los EE. UU.